REGIONAL JOURNAL

Romana; —un pobre marinero ha resultado herido.

—¡Muerto!—repuso Espinosa.—¡Id y veréis el cadáver de la que en vida se llamó Julieta!

—¡Imposible!—replicó el hijo de Lacroix.

—Ahí la podéis ver.

El oficial se acercó, y á la luz de una linterna apareció horriblemente desfigurado el lívido semblante de la joven vestida de marinero.

—Me tiene ya fastidiado lo que está pasando,—exclamó el oficial.—Es mi hermana, ciertamente. Está visto que no me han de salir nunca bien las cosas. Si alguno de vosotros quisiese dispensarme el honor de querer batirse conmigo, tal vez conseguiría mandarme honradamente al otro mundo, que es, por ahora, lo único que deseo.

—Aquí estoy yo para eso,—respondió Porlier.

Miróle el oficial y volvióle á mirar repetidas veces.

—Vos me salvasteis la vida en Friedland: no pue-

—¡Espinosa! ¡Me muero!—exclamó con voz apenas perceptible la desdichada criatura.

do ni quiero mataros ni que me matéis. Dejémoslo y si os parece vamos adelante. Soy vuestro prisionero y os juro que no he de tratar de escaparme. Sólo os ruego que me fusiléis cuanto antes.

—Ya hablaremos de eso,—dijo La Romana.—Sigan todos, llévense los heridos y recójase esa pobre muerta.

Cumplióse la orden y se pusieron en marcha vencidos y vencedores.

Espinosa llevaba en brazos á Julieta, cuyo cadáver dejó en la cama de Mme. Lacroix, quedándose á su lado y mirándolo con lágrimas en los ojos.

Entró la madre y vió el cuerpo ensangrentado de su hija. Acercóse y una sonrisa sarcástica contrajo sus labios.

Espinosa no pudo contenerse ante tanto cinismo, y, cogiéndola violentamente por el cuello, la hizo caer de bruces en el suelo.

—¡Sal de aquí ahora!—gritó con terrible voz.—¡Sal ó te aplasto como á una vil serpiente!

La horrible vieja se arrastró hasta la puerta y desapareció lanzando un rugido de furor.

Poco después el oficial de lanceros se retiraba á uno de los aposentos interiores y pedía una copa de aguardiente.

Apuró el licor y, amartillando una pistola, murmuró:

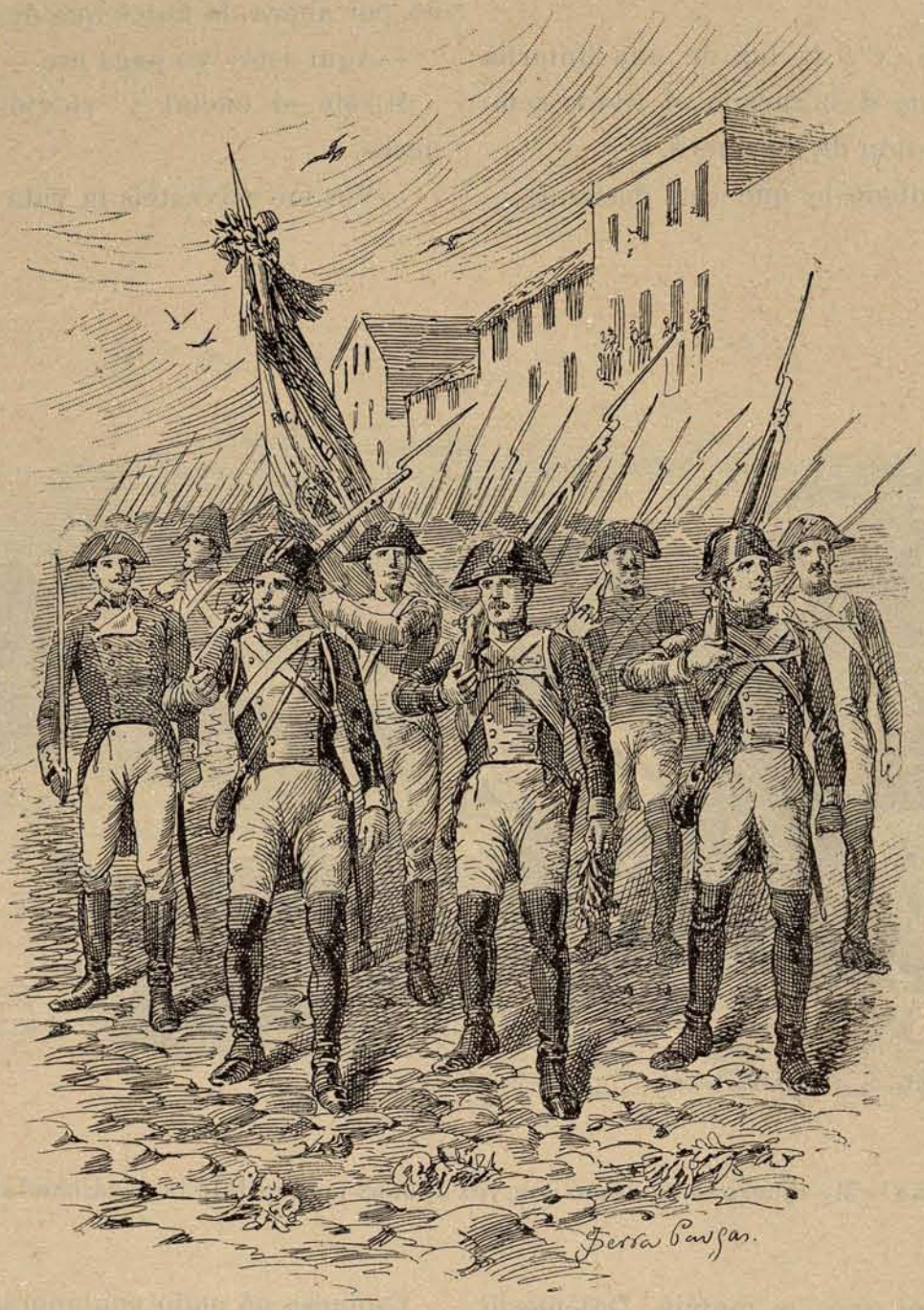
—Esto es muy pesado. Van á saber que soy el hijo de Mme. Lacroix y que he mandado matar á Julieta. El emperador me mirará con desprecio y

mi coronel tal vez me haría permutar de cuerpo. Acabemos. ¡Que me entierre mi madre!

Un tiro puso fin á su existencia, quedando allí cadáver.

Entró La Romana, y al ver aquel lastimoso espectáculo exclamó:

—¡Mala cabeza, pero buen corazón! Ha hecho bien en matarse: esto le absuelve de todo.



Eran los españoles que aclamaban á su patria y lanzaban mueras á Napoleón.

Mme. Lacroix acudió al ruido, temiendo lo sucedido, y vió á su hijo exánime.

—¡Eduardo! ¡Hijo mío! ¡Muerto! ¡Tú muerto! ¡Miserable de mí! ¡Yo tengo la culpa!

La espía cayó de rodillas, embargada la voz por desesperados sollozos y lágrimas.

Todos salieron, dejándola con el cadáver de su hijo.

A las dos de la mañana volvía en sí al escuchar gritos y músicas.

Eran los españoles que aclamaban á su patria y lanzaban mueras á Napoleón.

Amanecía el día 8 de agosto.

CAPÍTULO X

La evasión

I

Al llegar Fábregas á Langeland se había presentado al comandante de su batallón, D. Ambrosio de la Cuadra, noticiándole que la escuadra inglesa había anclado en la entrada del Gran Belt y que el día 9 fondearía delante de Langeland para embarcar á los españoles. Despachóle D. Ambrosio á Fionia para enterar del asunto al marqués de La Romana, y, disfrazado de marinero, consiguió avistarse con el general poco después de haber llegado Miranda. La Romana encargó á Fábregas que no dejase traslucir la noticia, aunque se había divulgado ya algo con la llegada del anterior emisario. Miranda había tenido cuidado, antes de llegar á Nyborg, de recalar en Swendborg y Farborg, ciudades situadas al mediodía de la isla, previniendo á las guarniciones españolas que se embarcasen para Langeland el día 9. Cumplida su misión, había Fábregas regresado á Langeland, donde con la Cuadra se ocuparon en disponer lo necesario para el abastecimiento de las numerosas tropas que allí debían reunirse.

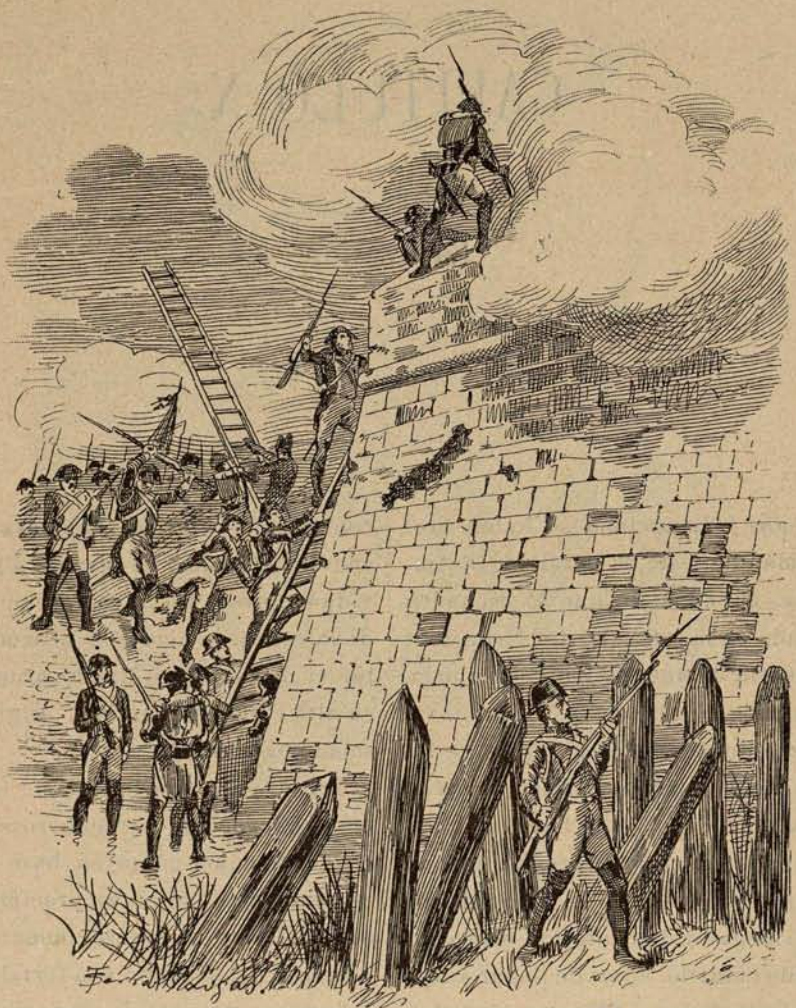
Al enterar Espinosa á La Romana de las noticias traídas por Miranda y al manifestar el general las recibidas de Fábregas, entablóse una animada discusión. Perplejo el marqués, pesábale la responsabilidad en que incurría si por acaso se desgraciaba el complot; pero al fin, estimulado con la opinión y consejos de Porlier, Espinosa y demás oficiales, convino en todo y se dispuso á llevar á cabo la atrevida empresa. En la conferencia celebrada á bordo de la escuadra acordóse el modo y forma de ejecutar el desembarco, dando pruebas La Romana de su alta capacidad militar, original espíritu y acrisolado patriotismo.

Trazó, pues, apoderarse de la ciudadela de Nyborg, guarnecida por numerosas fuerzas danesas, y convertir aquel punto en base de operaciones. La escaramuza de la playa precipitó los acontecimientos. Al frente de los regimientos de la Princesa y Almansa dió el asalto á la fortaleza, rindiéndose sus defensores después de una tenaz resistencia. Una vez dueño de la ciudadela, mandó hacer una requisa para reunir el mayor número de barcas posible para atravesar el Gran Belt. Por fin, el día 9 abandonaron aquellas tropas la Fionia, pisando la tierra de Langeland al anochecer. Las fuerzas que estaban en Aaborg y Swendborg se embarcaron también el mismo día, llegando á Langeland á media noche. Faltaban las de Jutlandia y Zelandia, á las cuales había despachado oficiales con órdenes para que se pusiesen en marcha en seguida. Mandaba en la Jutlandia el nuevo D. Oppas, D. Juan de Kindeland.

Miranda había llegado allí disfrazado el día antes de que llegase el ayudante de La Romana y se ha-

bía ocultado de las pesquisas que el traidor general no dejaba de hacer para contrarrestar toda tentativa de evasión. Había hablado con los jefes de los cuerpos acantonados en Aarhuus y Rauders, que eran respectivamente los regimientos de caballería del Rey y del Infante, y aquellos dignos militares habían aceptado con júbilo el plan propuesto. No halló tan buena acogida en el coronel de caballería de Algarbe, que esperaba órdenes de Kindeland para decidirse.

Desde la noche del 7 iban los ayudantes de La Romana circulando órdenes, y el despacho á Kin-



Dió el asalto á la fortaleza

deland llegó á Federica el 9 por la mañana, reventando caballos. Miranda había avisado ya al regimiento de Zamora, según las instrucciones de Fábregas, que fué el alma de aquella inmortal retirada. La fuerza estaba formada en actitud amenazadora cuando se presentó Kindeland y leyó la orden de embarque firmada por La Romana. Los soldados prorrumpieron en vivas al marqués y se dirigieron al muelle, quedándose Kindeland en su morada. El indigno español, para inspirar mayor confianza, había mandado embarcar parte de su equipaje.

Al recibir la orden de La Romana el villano segundo jefe había despachado á Dupuy para que fuese á Sleswig á participar á Bernadotte lo que ocurría á fin de que enviase fuerzas para impedir el embarque.

Pasaban las horas y no venían las barcas para conducir los soldados á Nyborg. Por fin apareció Miranda y notificó al coronel de Zamora que Kinde-

land había enviado á Dupuy al objeto de que enterase á Bernadotte de lo que estaba ocurriendo.

—Embarcaos en seguida,—añadió el emisario,—pues de lo contrario pueden venir los daneses en crecido número é impediros la huida.

A toda prisa fueron requisadas las barcas necesarias, y á la caída de la tarde habíalas en número suficiente para embarcarse todo el regimiento.

—Antes de partir,—exclamó el coronel,—necesito ir á matar como un perro á Kindeland.

—No os entretengáis,—contestó Miranda;—eso corre de mi cuenta. Partid cuanto antes.

—Aunque me costase mil vidas, he de matarle,—repuso el digno jefe de Zamora.

Partieron él, dos comandantes y Miranda en dirección á la casa que habitaba Kindeland; pero así que llegaban á ella, el traidor se escapaba por una puerta falsa (1).

En balde lo registraron todo: el pájaro había volado.

—No perdamos más el tiempo,—dijo Miranda.—¡Al mar!

El regimiento quedó embarcado al breve rato, zarpando las falúas con rumbo á Middelfart, en Fionia, que venía al frente de Fredericia.

Así que las naves estaban á media milla de la costa, entraban los daneses en Fredericia: todo había dependido de haberse efectuado el embarque á tiempo. A tardar media hora más, el regimiento de Zamora quedaba prisionero. Al desembarcar en Middelfart emprendió en seguida el camino de Nyborg, salvando en veintiuna horas un trecho de diez y ocho leguas, caminando sin descanso.

Miranda, creído de que Kindeland huía con dirección á Sleswig, siguió tras él.

II

Entretanto el regimiento de caballería del Rey se embarcaba en Aarhuus, sin que bastasen á contener el ardiente entusiasmo de su anciano coronel los partes que recibía de Kindeland prohibiéndole abandonar aquel punto. También los daneses entraron en el pueblo así que los españoles se encontraban ya en medio del estrecho que les separaba de Fionia. Las primeras noticias de Miranda y los partes de La Romana habían decidido de la salvación de aquel brillante cuerpo.

No menos patrióticamente se portó la caballería del Infante, acantonada en Randers, más lejos y al norte. Tampoco titubearon un momento en atravesar el Belt y en dirigirse á Nyborg, para desde allí, donde había reunido un inmenso número de barcas, pasar á Langeland.

Quedaba el regimiento del Algarbe, que se encontraba en Kolding. El coronel estuvo esperando órdenes de Kindeland. A pesar de estar Kolding muy cerca de Fionia, pasaron horas y más horas antes de que aquel jefe se decidiese á embarcarse, llevado de su excesivo espíritu de obediencia pasiva. Uno de los principales consejeros de aquel pobre militar era el capitán Costa, enteramente fiado en la lealtad de Kindeland. Por fin, decidieron no esperar y ganar la costa para atravesar el Belt Mayor, pero cuando estaban á medio camino encontraron una numerosa división francesa que les cortó la retirada.

Costa, al frente de su escuadrón, hizo esfuerzos heroicos para romper el círculo de hierro en que estaban encerrados, pero hubo de ceder ante la imposibilidad de lograrlo. Entonces, aquel honrado oficial cuyo nombre repite con respeto y veneración la historia, al verse vendido, preso y esclavo, prefirió acabar con su vida antes que sufrir la suerte que le esperaba, y en un momento, digno de Catón, disparóse un pistoletazo en la sien, quedando cadáver en el acto (1). Así murió aquel digno militar que antes quiso la tumba que el cautiverio: de este modo protestó contra la imperial voluntad de Napoleón I, que pudo convencerse con aquel acto de lo que eran capaces los ánimos españoles.

Ocurría por entonces en Zelandia un hecho deplorable. A consecuencia de la insurrección de Junio, de la que hemos hablado más arriba y que costó la vida al ayudante del general Frivión, habían sido desarmados los regimientos de Asturias y Guadalajara, que fueron los que promovieron la sedición. Vigilados después incesantemente, no pudieron conseguir su salvación, envolviéndoles las tropas danesas al ir á ejecutar su pensamiento, lo mismo que á los oficiales enviados allí por La Romana.

(1) Histórico.

(1) Histórico.

Gran contrariedad fué ésta para España y para aquellos excelentes y lucidos regimientos.

El día 10 estaban en Langeland los regimientos de infantería de la Princesa y Zamora, los soldados de caballería del Rey, Infante, dragones de Almansa, Lusitania y Villaviciosa, y los voluntarios de Cataluña, con la artilleria y los zapadores. Quedaban en Dinamarca, además de todos los caballos, que no había sido posible llevar á bordo, los regimientos de Asturias y Guadalajara y la caballería del Algarbe; por culpa, este último cuerpo, de su apocado coronel.

Ningún jinete tuvo valor para matar á su caballo. El ganado, que era entero, al verse solo y sin freno, se extendió por la comarca, esparciendo el desorden y sembrando el espanto por todas partes.

Pasóse lista en Langeland y se contaron 9,038 hombres: quedaban, pues, prisioneros 5,160.

Prisioneros todos, no. Uno quedó allí bien voluntariamente después de haber sido el principal proveedor de barcas para el paso del Belt: era nuestro amigo Pablo Mora, que, retirado del servicio y entregado á la práctica de la medicina, gozaba las delicias de la luna de miel después de su enlace con la bella, rubia y valerosa Helga.

Miranda no había perdido de vista á Kindeland desde su fuga de Fredericia á Sleswig. Al llegar á la capital del antiguo ducado danés se ocultó en una fábrica de tabacos de Alstadt, ó ciudad vieja, y esperó una ocasión de encontrarse á solas con el traidor. Éste se había dirigido á su llegada al castillo de Gottorp, donde tenía su residencia el príncipe de Ponte-Corvo.

III

Enterado Bernadotte de todo lo ocurrido, no demostró la mayor pena, y tal vez interiormente aprobaba lo hecho por los españoles, pues era bizarro militar y no le cegaba la idolatría á Napoleón, cuya pérfida y desleal conducta con España había reprobado en más de una ocasión. Sin embargo, Kindeland necesitaba desahogar en alguien su furor, y, sabedor de que La Romana había conferido una importante comisión para el Sleswig al capitán de artillería D. José Guerrero, lo delató, señalando el punto en que debía encontrarse á la sazón.

Por el buen parecer, y aunque con repugnancia, dió Bernadotte las órdenes oportunas para su captura, y al anochecer condujeron á su presencia al bravo oficial.

Era D. José Guerrero grande amigo de San Román, Porlier, Espinosa, Méndez, Garroyo y demás distinguidos oficiales de aquel brillante ejército, y no ignoraba ninguna de las tremendas acusaciones lanzadas á Dupuy. Ya recordará el lector que había sido uno de los concurrentes á la reunión de Manheim en la que se decidió la suerte del ayudante y el viaje á España del entonces teniente Espinosa para aclarar el crimen cometido en la persona de Josefina de Glinka.

Al comparecer Guerrero en presencia del mariscal, éste se encontraba rodeado de varios generales, y entre ellos el insigne Kindeland.

El príncipe de Ponte-Corvo tendió la mano al oficial, mirándole con no disimulada simpatía.

—Siento, señor capitán,—dijo el príncipe,—que me haya visto obligado á enviar contra vos á la policía, cosa que me repugna siempre cuando se trata de un hombre de honor y de un caballero tan perfecto como sois.

—Señor mariscal,—contestó Guerrero,—habéis cumplido con vuestro deber, pues yo estaba conspirando contra vuestro augusto emperador en favor de los españoles.

—Aun con eso, creed que no me habría atrevido á molestaros á no ser por la precisión en que me he visto de mandaros detener en atención á los precisos informes recibidos acerca de vuestra presencia en Sleswig.

—Os estoy profundamente reconocido, señor mariscal, por vuestra magnanimidad, y sé que miraréis con igual desprecio y con igual horror que yo mismo á ese traidor que me ha delatado.

Y, al decir eso, Guerrero lanzó una mirada de supremo desdén á Kindeland.

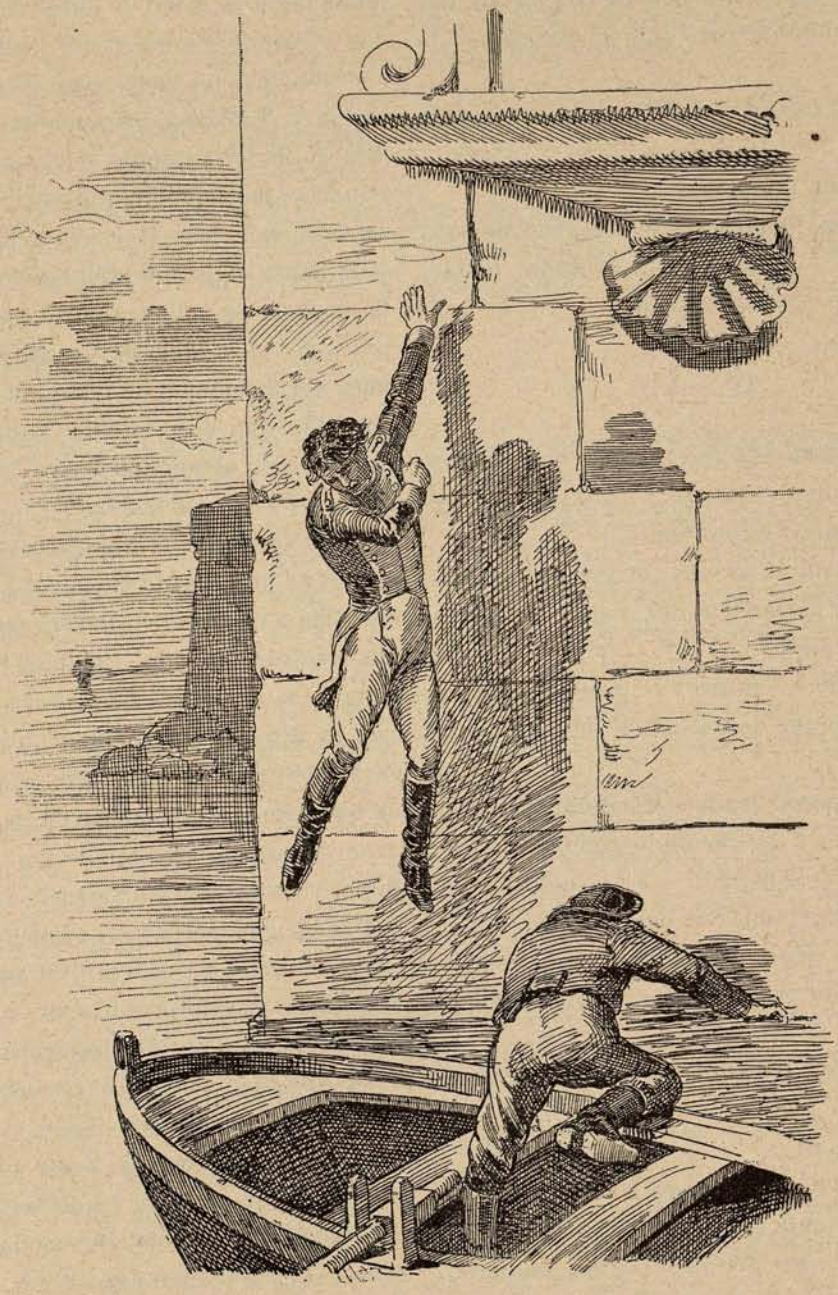
—¡A mí os atrevéis á insultar!—gritó el tránsfuga.

—No os insulto, porque ni aun de eso sois digno. Os he llamado traidor, y añado ahora que sois un traidor aleve, un traidor sin gloria y sin provecho, un traidor despreciable y aborrecible de todos. Habéis hecho un señalado favor á España no infiriéndola el agravio de titularos soldado suyo: ni aun el honor de escupiros á la cara ni de abofetearos merecéis del último de nuestros bisoños.

—¡Señor mariscal! ¡Ese oficial me está insultando en vuestra presencia!—exclamó Kindeland.

—Eso es cosa vuestra, general,—replicó Bernadotte.—Ya sabéis en qué terreno ventilan los hombres de honor semejantes cuestiones.

Kindeland se mordió los labios y salió; lo mismo



Guerrero saltó en la lancha.

hicieron luego los demás generales, quedando solos Bernadotte y Guerrero.

—Señor oficial,—dijo el futuro rey de Suecia;—os conducirán á una habitación que da al mar. Nada tengo que deciros respecto á lo que debéis hacer: obraréis según vuestro honor y vuestra conciencia os dicten. Sólo os ruego que no rehuséis como débil muestra de mi estimación este bolsillo que os puede servir para los fines que os interesan. Si en algo más puedo seros útil, tendré el mayor gusto en que me lo manifestéis sinceramente. Los hombres como vos honran á su país y deben figurar entre los primeros de todas las naciones.

Guerrero fué conducido á una habitación del cas-

tillo, que estaba al nivel del mar. Una barca se mecía blandamente delante de la ventana. Anochecía. El oficial contemplaba la tranquila superficie del Báltico, recordando á sus compañeros y fijo el pensamiento en su patria. De pronto le sacó de su abstración la voz de un marinero que, acercándose á la reja, le dijo:

—Señor oficial, cuando gustéis podremos partir para Nyborg.

Guerrero saltó en la lancha.

—¡Gran corazón!—murmuró.—¡Corazón de rey!

La barca surcó rápidamente las blandas ondas, desapareciendo en breves momentos.

IV

A media noche atracaba, en cambio, otra lancha en el fangoso puerto de Sleswig y saltaba á tierra un marinero de gallardo continente.

Casualidad fué, sin duda, que dirigiera sus pasos á la misma fábrica de tabacos del Alstadt en que se había ocultado Miranda.

Dirigióse al dueño del taller y le preguntó por un pasajero americano que debía haber llegado hacía poco.

El digno patrón pasó recado á Miranda, y al poco rato salía al encuentro del recién llegado.

—¡Vos, Garroyo!—exclamó.—¿Y el regimiento?

—Una vez en Langeland, con toda seguridad, me dió la humorada de venir á reunirme con vos, ya que me habéis dejado vuestras señas para el objeto que sabéis.

—¡Con mil amores, vive Dios! ¡Y manos á la obra cuanto antes!

—Pues manos á la obra.

—Ya os expliqué rápidamente en Nyborg los motivos poderosos que tenía para ser preferido al tratarse de castigar á esos dos miserables; empero, como los que tenéis vos y vuestros amigos no son menos atendibles, admito con el mayor gusto la cooperación que venís á prestarme, seguro de que con tan buena compañía y tan apropiado testigo ha de ser más perfecto aún el golpe. Según mis noticias, Kindeland y Dupuy deben salir mañana para Francia, embarcándose en Flegsburgo. De aquí allá el terreno es algo accidentado y se encuentran bastantes *polders*. Salimos á la madrugada, nos apostamos en alguno de los molinos que hay en la carrera y nos llevamos á los dos héroes á orillas de algún pantano para decidir allí de su suerte. Vos y yo bastamos, no porque vayan solos, sino aunque llevasen una escolta de veinte daneses. Entretanto bebamos á la salud de nuestros amigos y brindemos por el triunfo de las armas españolas.

Chocaron los vasos los dos intrépidos conspiradores y hablaron largamente de las historias de Dupuy. Relativamente á los negocios políticos, Miranda se mostró algo quejoso de La Romana por sus vacilaciones; pero Garroyo le hizo comprender que todo había dependido del temor del marqués por si la empresa se malograba y de sus excesivos escrúpulos por si se tachaba de traición aquel acto después del juramento de fidelidad prestado á José I, por más que hubiese sido aquel acto, además de condicional, arrancado á viva fuerza y en previsión de evitar mayores males.

—Por lo demás,—dijo Garroyo,—ya veis de qué actividad no ha dado muestras el marqués una vez decidido á que las tropas regresasen á España. Todas las órdenes, todo el plan de reconcentración, la toma de la ciudadela de Nyborg, la requisa de barcas, la dirección del embarque, las prevenciones para facilitar la marcha, todo se debe á La Romana, sin que esto sea desconocer la gran parte que vos y otros agentes habéis tenido en la preparación del golpe, y sobre todo Fábregas.

Miranda reconoció la verdad de lo que decía Garroyo y admiró el genio militar del marqués, que dió en aquella ocasión pruebas de febril actividad y de gran rapidez en sus disposiciones. No era fácil empresa disponer todos los detalles, marcar los itinerarios, prevenir los peligros y adelantarse á señalar los contratiempos, como hizo el general en las órdenes que circuló y que fueron cumplidas con una celeridad increible. Del modo como dispuso las cosas no era posible ningún revés á no mediar una traición, que fué lo que pasó con el regimiento de Algarbe y estuvo á punto de sucederle al de Zamora. Por lo que toca á las fuerzas acantonadas en Zelandia, no era posible que se evadieran estando como estaban desarmadas y rodeadas de soldados daneses.

Todo salió á pedir de boca y todos contribuyeron al buen éxito de aquella maravillosa empresa.

Á la madrugada los dos amigos dejaron sus trajes de marinero y vistiéronse otros de molinero. Subie-

ron en sendos caballejos del país, pasmosamente ligeros, y tomaron la carretera de Sleswig á Flegsburgo.

V

Amanecía una hermosa mañana de estío. El terreno era una feraz llanura sembrada de verdes praderas y de campos de trigo. Multitud de molinos de viento levantaban en alto sus aspas movidas por la brisa. Corrían las yeguadas por las dehesas y pacían las vacas por las márgenes de los cenagosos *polders,* lanzando de vez en cuando sus graves mugidos y mirando con profundos ojos á los *sternes* y ánades que se bañaban en las verdosas aguas. Inmóviles en la soledad del paisaje, blancas y sólidas como de mármol, aparecían de lejos como antiguos monumentos de pasadas idolatrías.

La carretera serpenteaba por entre las praderas y lagunas, como una cinta rojiza sobre un terciopelo verde. Montados en sus caballos de Holstein, iban los dos camaradas alegres y decidores. Llegaron á un molino de aceite y se apearon. Desde aquel sitio, situado en lo alto de una loma, se distinguía la carretera en una grande extensión. Á las dos horas de estar allí vieron venir dos jinetes. Miraron con atención y reconocieron á Kindeland y Dupuy.

—Vamos allá,—dijo Miranda.

Montaron de nuevo y se dirigieron al encuentro de los dos caminantes.

Éstos, reconociendo en los que venían hacia ellos á sus dos mortales enemigos, detuvieron el paso y al poco rato volvieron grupas y emprendieron á escape la vuelta de la ciudad.

Miranda y Garroyo los persiguieron á escape también, consiguiendo ponerse á tiro de pistola de los fugitivos.

Volviéronse entonces éstos y dispararon, pasando las balas por encima de la cabeza de Garroyo. Hicieron otra vez lo mismo, y rozaron los proyectiles el brazo de Miranda.

—Tiran á dar,—dijo éste.—Aquí es la mía. No disparéis, Garroyo, porque no han de morir así.

Entonces tomó una cuerda que llevaba oculta en el arzón, la fué desarrollando, hizo un nudo corredizo, y, adelantándose hasta colocarse al lado de Kindeland, le arrojó el terrible lazo americano al cuello con salvaje destreza.

El miserable, cogido estrechamente, cayó al suelo, arrancando el caballo en vertiginosa carrera.

Garroyo se bajó y lo hizo levantar, sujetando la cuerda.

Miranda fué siguiendo á Dupuy, le avanzó de dos cuerpos de caballo, tiróle el lazo á su vez, y, antes de que el ayudante hubiese podido hacer fuego, caía también agarrotado.

Sin bajarse del caballo, Miranda mandó á su víctima que se levantase y echase á andar. Garroyo montó otra vez, y, subidos ambos, se llevaron atados por el cuello á los dos prisioneros.

VI

Encamináronse á orillas de un *polder* y se apearon al llegar.

Era un sitio solitario, oculto por algunos árboles de frondosas ramas.

—¡Al fin habéis caído!—exclamó Miranda.—Antes de mataros debemos deciros por qué lo hacemos. Tú, Kindeland, asesinaste en Lima al marqués de Rehinsberg, le robaste y protegiste al raptor de su hija; asesinaste después al desdichado coronel Lladó, sabedor de tus crímenes; en Arévalo quisiste asesinar también al coronel Jimeno; en Stralsunda falsificaste una orden para que fuesen pasados por las armas los mejores oficiales del regimiento de la Princesa; en Jutlandia has hecho traición á La Romana, quedando por tu culpa prisionero el regimiento del Algarbe y matándose, víctima de su confianza en ti, el valiente Costa. ¡Eres asesino, falsario y traidor! Tú, Cavalcanti, hijo de ese monstruo, eres tan criminal que me da horror ser hombre pudiéndolos haber de tu linaje. Tú me delataste para que me mataran, tú me perseguiste, tú me hiciste encerrar en las mazmorras de Toledo para que me quemaran, tú me separaste de la mujer amada, tú fuiste el que más contribuyó á secundar las infames traiciones de tu padre y maestro.

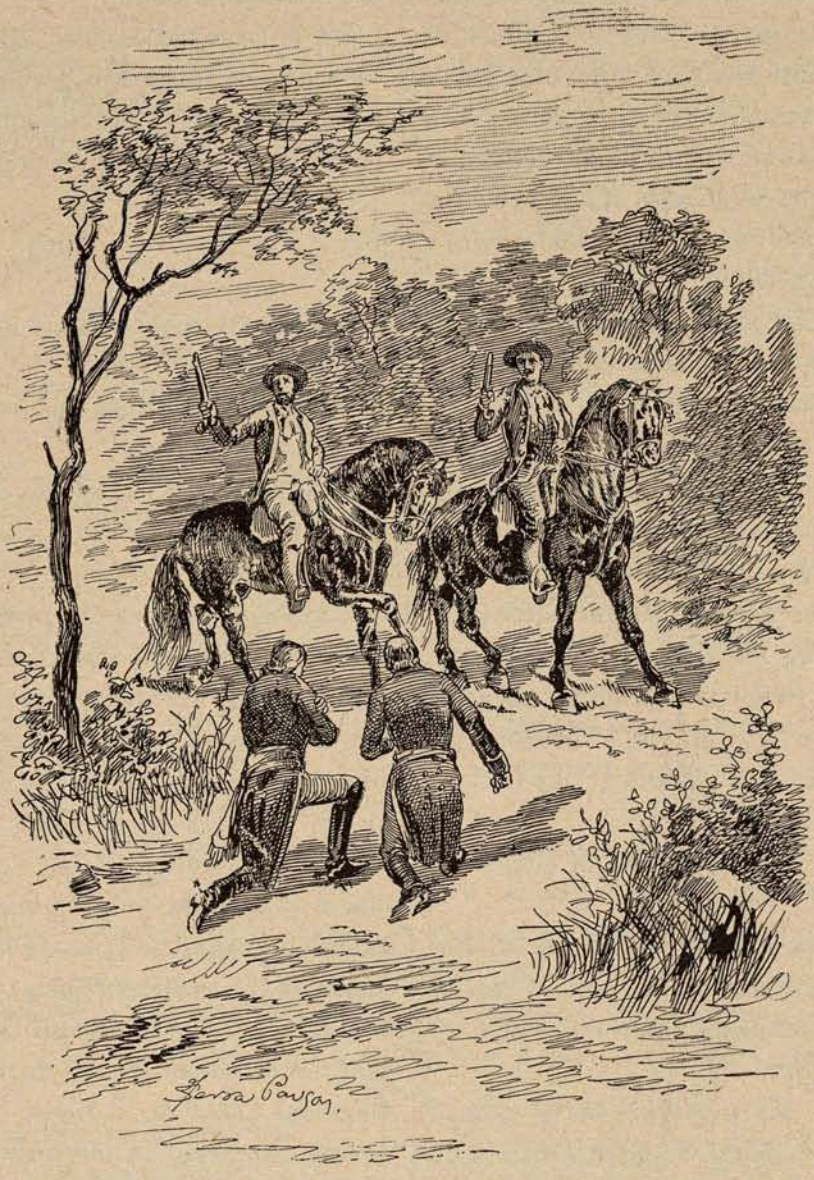
—Tú, Cavalcanti,—repuso Garroyo,—deshonraste, heriste y robaste á la hija de la víctima de Kindeland, quisiste matarla sin piedad en el convento de las Ursulinas, has perseguido á muerte á mis amigos, les has preparado mil asechanzas, has ocasionado la ruina de algunos, y por ti han ocurrido mil desgracias, valiéndote de la espía gitana que llevaste á Stralsunda.

—Después de querer asesinar á Matilde, quisiste envenenar á tu cómplice, Cavalcanti.

—Constantemente has revelado al francés todos los planes de los españoles: has sido el perseguidor de los leales, el alma de todas las intrigas, el espía de Bonaparte.

—Vuestras culpas y la naturaleza de vuestros crímenes impiden que podamos cruzar con vosotros las espadas como caballeros. Necesitamos mataros como fieras dañinas para que no podáis causar más males.

—Preparaos á morir.



—Morid de rodillas,—exclamó Miranda.

Los dos miserables bajaron la cabeza, sin decir palabra.

—Está bien,—dijo Kindeland.—Matadnos como quienes sois, como infames foragidos.

—Tú eres el foragido y el asesino cobarde: nosotros somos los vengadores,—dijo Garroyo.

Miranda y Garroyo amartillaron sus pistolas.

—Morid de rodillas,—exclamó Miranda.

Kindeland y Dupuy se arrodillaron.

Dispararon los jinetes, y los dos criminales cayeron al suelo sin vida.

Entonces tiraron de las cuerdas y llevaron los cadáveres al pantano, sepultándolos en aquel cieno.

—Tienen la tumba que merecían,—dijo Garroyo.—¡Fango y lodo!

—Ahora á Langeland,—dijo Miranda.

Regresaron á Sleswig y se embarcaron para reunirse con las tropas.

—¿Os parece si hemos hecho bien?—preguntó Miranda á Garroyo por el camino.

—Antes que vos había tratado yo de desembarazar al mundo de su presencia. Encerrélos en una ratonera, creyendo que allí iban á dejar el pellejo, sin ruido y sin escándalo; pero resistieron tenazmente á la prueba del hambre y de la sed. Ya hace tiempo había yo adquirido el compromiso de matarles cuando falsificaron la orden de Bernadotte para que nos fusilasen. Además, el comandante Méndez es como otro yo, y, no estando él aquí, á mí me tocaba vengar la alevosa tentativa de asesinato aconsejada por Kindeland y realizada por Dupuy. Ya nada tenemos que temer de esos traidores.

—Cuento con vos para otras cosas, Garroyo. En Madrid tengo algo que hacer.

—Miranda, contad conmigo para cuanto gustéis.

CAPÍTULO XI

El juramento de Langeland

I

La noticia de la evasión causó profundo estupor entre las tropas de Bernadotte y en la corte del rey de Dinamarca. Era efectivamente un acontecimiento que rayaba en lo increible, pues se habían tomado todas las precauciones imaginables para impedirlo. Los españoles se habían visto privados de noticias de su patria, engañados respecto á lo que ocurría en la Península, incomunicados entre sí, espiados, vendidos. Las costas habían estado sujetas á incesante vigilancia. Se habían interceptado las cartas, detenido á los emisarios, confinado á los más exaltados españoles á los islotes de Feroe. Lejos de la patria, rodeados por el mar, circunvalados por los franceses, espiados por Kindeland y sus secuaces, parecía que sólo podía esperarse de un milagro la posibilidad de la fuga; pero la fuga se verificó. ¡Gloria, antes que á nadie, á Juan Antonio Fábregas, al héroe de la barca, que logró desde Copenhague ponerse en comunicación con la escuadra inglesa!

La Romana se mostró hasta última hora algo vacilante y juguete de contrapuestos deseos, consecuencia de su carácter. En cambio, los jefes de los cuerpos se distinguieron casi todos por su ardiente patriotismo, excepto el de caballería del Algarbe. Ellos fueron los que arrastraron á La Romana á tomar una determinación decisiva. Porlier, Garroyo, el coronel de la caballería del Rey, Guerrero, el coronel de Asturias, que salvó la vida al general francés Frivion cuando se insurreccionó el regimiento; el coronel del Infante, el conde de San Román y otros, merecen que eternamente se les profese ferviente culto y se les rinda entusiasta admiración. La historia conserva sus nombres y los repite, orgullosa de contarlos entre los hijos de España.

El día 12 de agosto de 1808 estaban formadas en la llanura de Rudhiobing, capital de Langeland, todas las tropas que habían conseguido salvarse. Habían llegado emisarios de Bernadotte con la consigna de introducir recelos entre los jefes, prometer fabulosas recompensas á los que quisiesen oponerse á ser embarcados, y esparcir falsas noticias de descalabros sufridos por los patriotas españoles. Todo coronel había recibido proposiciones para el ascenso á general. Romana había tenido que escuchar mil reflexiones y que leer cien diversos pliegos que le dirigía á cada momento Bernadotte tratando de convencerle de que abandonase la comenzada empresa. Circulaban con profusión proclamas é impresos con objeto de alucinar á los soldados con falaces promesas de mejoramiento si seguían fieles al emperador, pintando con sombríos colores la suerte que les esperaba si llegaban á desembarcar en España. Los agentes franceses procuraban fomentar rencillas

entre los cuerpos, engañar á los crédulos y seducir á los ambiciosos de fortuna. Nada prevaleció, y todos cuantos hablaban lengua española estaban poseídos de unánimes sentimientos.

Recurrióse luego á las amenazas, haciéndose creer que iba á verificarse un desembarco de franceses en número capaz de hacer rendir á los refugiados. Los soldados contestaron que les tardaba la hora de batirse con sus enemigos.

Romana creyó necesario poner á sus gentes á cubierto de tantas asechanzas y seducciones, y mandó formar las tropas en la llanura á que nos hemos referido.

Era una vasta explanada á orillas del mar, árida, arenosa, imponente, dilatada de un extremo á otro de la isla, de norte á sur.

A las nueve de la mañana las músicas de los regimientos y los clarines de la caballería tocaron la marcha real, saludando las banderas y estandartes.

Formaron un círculo los soldados, adelantáronse hasta el centro los abanderados y clavaron en el suelo las banderas.

II

A un toque de corneta, repetido en cada cuerpo, los soldados se hincaron de rodillas, presentando las armas.

Otros toques anunciaron que llegaba el general.

El marqués de La Romana, á caballo, entró en el círculo, se colocó en medio, descubrióse, y con voz poderosa y vibrante, que resonaba imponente en medio del gran silencio que guardaban todos, exclamó:

—¡Soldados españoles! ¿Juráis por vuestro honor ser fieles á vuestra amada patria, morir todos por ella, desechar cuantas ofertas se os hagan en contra suya, y no cejar en su defensa hasta haber conseguido su independencia?

Con lágrimas de ternura y de emoción contestaron los soldados:

—¡Sí! ¡Lo juramos todos!

—¡Dios y la patria os lo premien!—repuso La Romana.—Soldados: ¡viva la independencia nacional!

—¡Viva!—respondieron todos.

—¡Viva el rey legítimo de España!

—¡Viva!

—¡Muera Napoleón! ¡Muera el tirano opresor de Europa!

—¡Muera! ¡Muera! ¡Muera!—repitieron con ardiente cólera.

Otra vez resonaron los acordes de la marcha real y volvieron las banderas á sus filas. Levantáronse los soldados y desfilaron las tropas por delante del marqués, lanzando prolongadas aclamaciones al pasar ante su presencia.

No podemos resistir al deseo de trasladar aquí las sentidas frases que á este acontecimiento dedica Toreno en su magnífica obra. Dice así el eminente historiador de aquella guerra: «No: la antigüedad, con todo el realce que dan á sus acciones el trascurso del tiempo y la elocuente pluma de sus egregios escritores, no nos ha trasmitido ningún suceso que á éste se aventaje. Nobles é intrépidos sin duda fueron los griegos cuando, unidos á la voz de Jenofonte para volver á su patria, dieron á las falaces promesas del rey de Persia aquella elevada y sencilla respuesta:—*Hemos resuelto atravesar el país pacíficamente si se nos deja retirarnos al suelo patrio, y pelear hasta morir si alguno nos lo impidiese.* Mas á los griegos no les quedaba otro partido que la esclavitud ó la muerte: á los españoles, permaneciendo sosegados y sujetos á Napoleón, con largueza se les hubiera dispensado premios y honores. Aventurándose á tornar á su patria, los unos, llegados que fuesen, esperaban vivir tranquilos y honrados en sus hogares; los otros, si bien con nuevo lustre, iban á empeñarse en una guerra larga, dura y azarosa, exponiéndose, si caían prisioneros, á la tremenda venganza del emperador de los franceses.»

Al hablar Thiers de esta retirada en su nada imparcial *Historia del Consulado y del Imperio,* califícala de *especie de milagro digno de referirse, de aventura maravillosa*, y no puede menos de reconocer la gloria que alcanzó La Romana figurando á la cabeza del noble complot.

¡Lástima fué que no pudieran regresar todos, gracias á la traición de Kindeland, y que hubiesen de abandonarse los caballos en los campos! Pero, de todas maneras, consiguieron salir de cautiverio cerca de diez mil hombres capaces de prestar, como prestaron, inmensos servicios á favor de la causa nacional en contra de la monarquía usurpadora.

Una vez juramentados los soldados, ninguna inquietud pasó La Romana por las desesperadas ges-

tiones practicadas por los franceses al objeto de que se malograse la empresa; pero, sin embargo, creyó prudente y necesario dar la vuelta á España, ya por hacer allí suma falta aquel refuerzo, ya porque convenía alejarse de aquellas costas en que dominaba un enemigo poderoso.

Fijóse la partida para el día 13. La escuadra inglesa estaba aparejada para darse á la vela.

Al rayar el día desembarcaron Miranda y Garroyo, que se dirigieron á la tienda de Espinosa á enterarle de lo que habían hecho.

III

Espinosa estaba muy afectado desde la terrible noche en que murió en sus brazos la desdichada Julieta.

Había sentido tan profunda compasión por la pobre joven, que no cabía en su cabeza otro pensamiento que el de su desastroso fin.

El coronel había perdido su habitual resolución y entero carácter: mostrábase decaído: se le había visto llorar á solas.

Besaba á veces un pañuelo ensangrentado, besaba un rizo, besaba una sortija.

Garroyo y Miranda no quisieron profanar aquel silencioso dolor del coronel y se limitaron á estrecharle la mano.

Espinosa les miró, hízoles seña de que se sentasen y se paseó por la tienda.

Al cabo de un rato de silencio dirigióse á Garroyo.

—¿Habéis muerto á Kindeland?

—Sí,—respondió Miranda.

—¿Y á Dupuy?

—Sí,—respondió Garroyo.

El coronel no dijo nada, y siguió dando vueltas lleno de agitación, ensimismado.

Reinó otra vez profundo silencio.

—¿Qué han dicho?—preguntó luego como maquinalmente.

—Nada,—contestó Garroyo.

—Les hemos matado como se merecían, como á perros rabiosos á quienes se les pega un tiro en el oído,—repuso Miranda.

—¡Á balazos!—murmuró Espinosa.—¡Extraña casualidad!

Callaron todos otra vez.

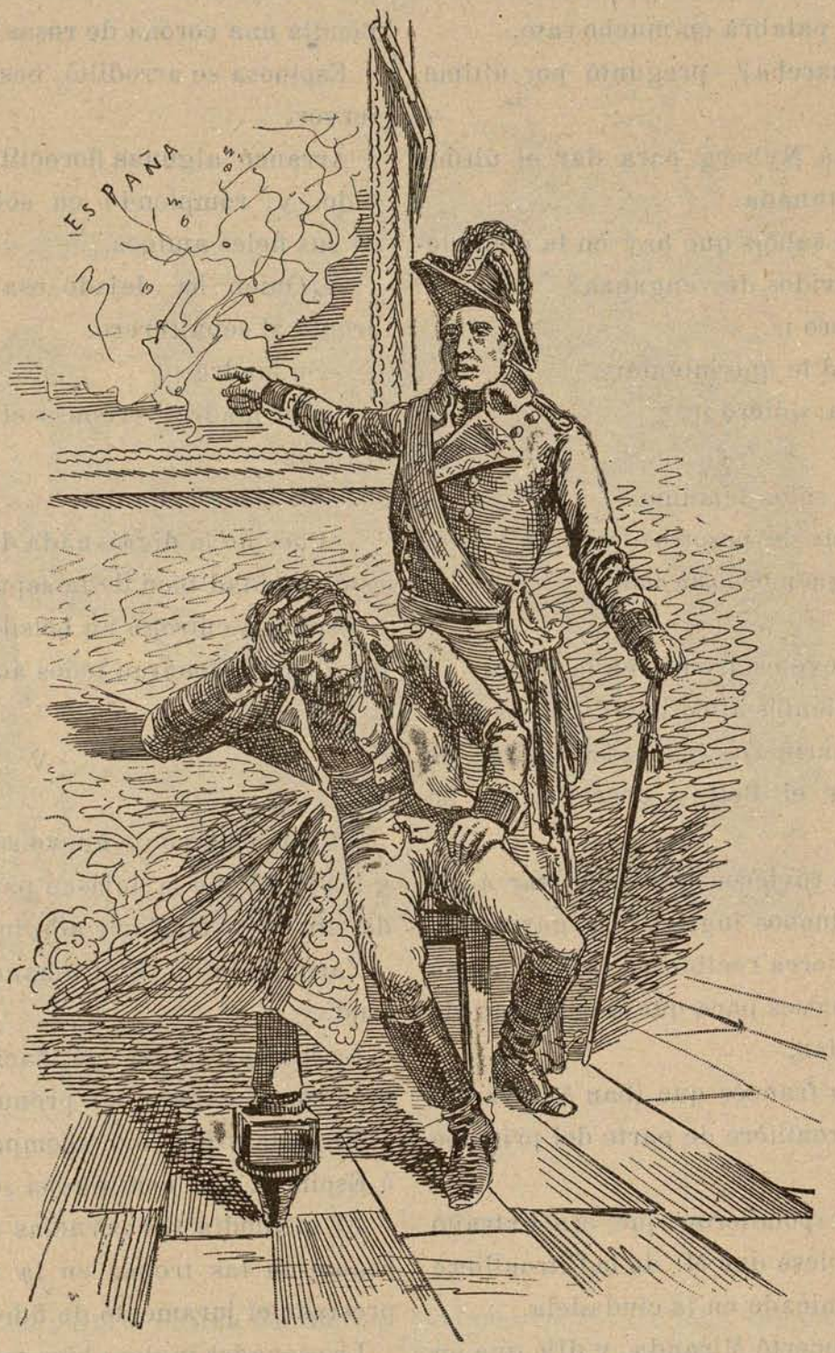
—¡Cuánto tardamos en irnos!—exclamó de pronto el coronel.—Ya estoy deseando encontrarme en España, Sí: quiero oir el rugido de los cañones, las descargas de la fusilería, ayes de moribundos, gritos, alaridos, tiros y blasfemias. Quiero tener enfrente la metralla mortífera, las lanzas sangrientas, los parapetos inexpugnables, y cargar, herir, fusilar, degollar y embriagarme en el humo de la pólvora y en los tremendos golpes de la batalla. Estoy sediento de ruido y de carnicería, de heridas que causar y de balazos que recibir, de cuchilladas, bayonetazos, aullidos. Quisiera tener enfrente de mí los escuadrones de Ney, la guardia, la artillería de Napoleón, y sentir el estruendo de las baterías, el terrible galopar de los caballos, bayonetas, fusiles, cañones, minas que reventasen, bombas que explotasen, incendios, sangre y desolación. Vámonos á la guerra, á la batalla, á la destrucción, á la muerte. Necesito ahogar mis penas en sangre, en exterminio, en mortandad. Me ahogo aquí; sí, me ahogo. Decidles que partamos pronto, porque este aire me envenena y me enerva, me hace delirar y no me deja contener las lágrimas que me salen de los ojos y me queman las mejillas.

—¿Por qué dices esto?—preguntó Garroyo.—¡Tú, el fuerte; tú, el sereno; tú, el impávido; entregarte á esos raptos de desesperación! ¡Por Dios, Espinosa! ¿Qué te ha dado?

—Cállate, nada me preguntes Garroyo: yo mismo no me lo sé explicar. Yo no soy ya el coronel Espinosa: soy un hombre que, ya ves, llora como un niño. ¿Yo qué sé lo que me pasa? ¿Tú crees que la amé, que podía amarla? ¿Cómo quieres que pudiese amarla? Y, sin embargo, lloro, sí, lloro. Murió en mis brazos, ¡infeliz criatura! Cuando vi que su madre reía, la arrojé de bruces al suelo: ¡no sé cómo no la maté! ¡Murió, murió! ¡La hubieseis visto con aquella terrible herida! ¡Echaba sangre y más sangre por la boca y no cesaba de repetir que me amaba! No dejaba mi mano, besándola, besándome en la cara, muriéndose... ¡Y se murió! Yo me la hubiera llevado, me la hubiera llevado, sí; y ¡ay del que hubiera osado mirarla con mal modo, porque yo la hubiera defendido, hubiera dicho que era mía, que me pertenecía á mí, solo, solo! ¡Pobre niña! ¿No se portó como un ángel? ¿No me lo dijo todo? ¿No merecía mi estimación? ¡Y la mataron, y la mandó matar su mismo hermano! ¡Bizarra gente!

¡El se mató después! Buscadme á su madre: yo le pediré perdón: le diré que Julieta era la mas buena, la más adorable de las mujeres. ¡Oh, amigos míos! ¡Tened lástima de ese pobre león herido! ¡Todo acabó para Espinosa! ¡Llevadme donde pueda morir!

—¡Coronel de la Princesa!—exclamó Garroyo.—¡Sé hombre! La patria te necesita: no puedes entre-



—¡Coronel de la Princesa!—exclamó Garroyo.—¡Sé hombre!

garte á esa desesperación impropia de un carácter como el tuyo. Piensa en tus amigos, que te siguen ciegamente, confiados en tu valor; piensa en lo que esperamos todos de ti. ¿Qué haremos si nos falta tu dirección, si no nos guías con tus consejos, si no nos alientas con tu serena energía? Tú, el hombre de hierro, el guía imperturbable, el corazón de león, el jefe respetado y adorado, el ídolo de los soldados, no puedes dejarnos huérfanos y sin amparo. Sosiégate, Espinosa: hazte superior á la pena que te consume, y, ya que sufres, descansa en nuestros leales y cariñosos pechos. ¡Ven, ven á mis brazos, mi noble amigo! ¡Ven y llora aquí, sobre este corazón que comparte tus dolores!

Garroyo abrazó á Espinosa y quedaron los dos en silencio.

—Noble sois, coronel,—dijo Miranda,—tal como os creí siempre. Comprendo vuestra pena y respeto

vuestro dolor. Desahogaos en el seno de la amistad y confiad en nosotros para vuestras futuras proezas.

IV

Espinosa no habló palabra en mucho rato.

—¿Cuándo es la marcha?—preguntó por último.

—Mañana.

—Aun podría ir á Nyborg para dar el último adiós á aquella infortunada.

—¡Á Nyborg! ¿No sabéis que hay en la ciudadela tres mil daneses ávidos de venganza?

—No importa: quiero ir.

—Es una temeridad lo que intentáis.

—Nada me arredra: quiero ir.

—Iremos con vos.

—Mejor quisiera ir solo: dejadme.

—No, no lo esperéis de nosotros: ya que vais á á jugaros la vida, juguémosnosla todos.

—Esta noche.

—Los tres á las nueve estaremos en la barca.

Dejaron los dos valientes al coronel, y á las nueve, disfrazados de marineros franceses, salían de Rhiobing para pasar el Belt y desembarcar en Nyborg.

Durante la travesía tuvieron que contestar á los *¡quién vive!* de los faluchos ingleses. Llegaron á la costa, y al saltar en tierra recibieron la intimación de los carabineros daneses para que declarasen de de dónde y á qué venían.

Miranda contestó en francés que iban á llevar un recado á M. de la Citroullière de parte del príncipe de Ponte-Corvo.

Los carabineros respondieron que era extraño que el mariscal no supiese que M. de la Citroullière estaba preso é incomunicado en la ciudadela.

No por eso se desconcertó Miranda, y dijo que en tal caso el recado lo darían al que ocupase el lugar del residente.

—El puesto del residente está vacante,—le contestaron,—pero podéis veros con el gobernador de la fortaleza.

Así dijeron que lo harían y emprendieron la marcha hacia la ciudad.

Dirigiéronse al cementerio, situado á media legua de distancia, en lo alto de un cerro. El conserje extrañó el caso y les puso algunas dificultades para la entrada.

—¡Me dejaréis entrar por vuestra vida!—prorrumpió Espinosa.—Guiad á la sepultura de Julieta Lacroix.

El digno funcionario miró con asombro al coronel y le acompañó ante una cruz de piedra de la que pendía una corona de rosas blancas.

Espinosa se arrodilló, besando la losa con piadoso fervor.

Arrancó algunas florecillas que allí habían brotado, y, rompiendo en sollozos se retiró seguido de sus fieles amigos.

—¿Quién ha dejado esa corona?—preguntó de pronto al sepulturero.

—Su madre.

—¿Su madre?—repuso el coronel con cierta extrañeza.

—Sí: viene cada día.

—Pues no le digáis nada de nuestra visita. Tomad esto y cuidad bien de la sepultura.

Espinosa entregó un bolsillo al asombrado guardián y abandonaron todos aquel lugar.

V

Al embarcarse de nuevo se les acercó una mujer y les pidió que la dejasen partir con ellos. Iba tapada, sin dejar traslucir absolutamente su semblante.

Zarpó la falúa, y al amanecer llegaron á Langeland.

La mujer desapareció, haciendo una seña de despido con la cabeza, sin pronunciar palabra.

Miranda y Garroyo acompañaron constantemente á Espinosa, que continuaba sombrío.

Al mediodía las cornetas tocaron llamada, y se reunieron las tropas en la llanura donde habían prestado el juramento de fidelidad.

La escuadra inglesa hizo salva, enarbolando el pabellón español, y, terminada, empezó el embarque.

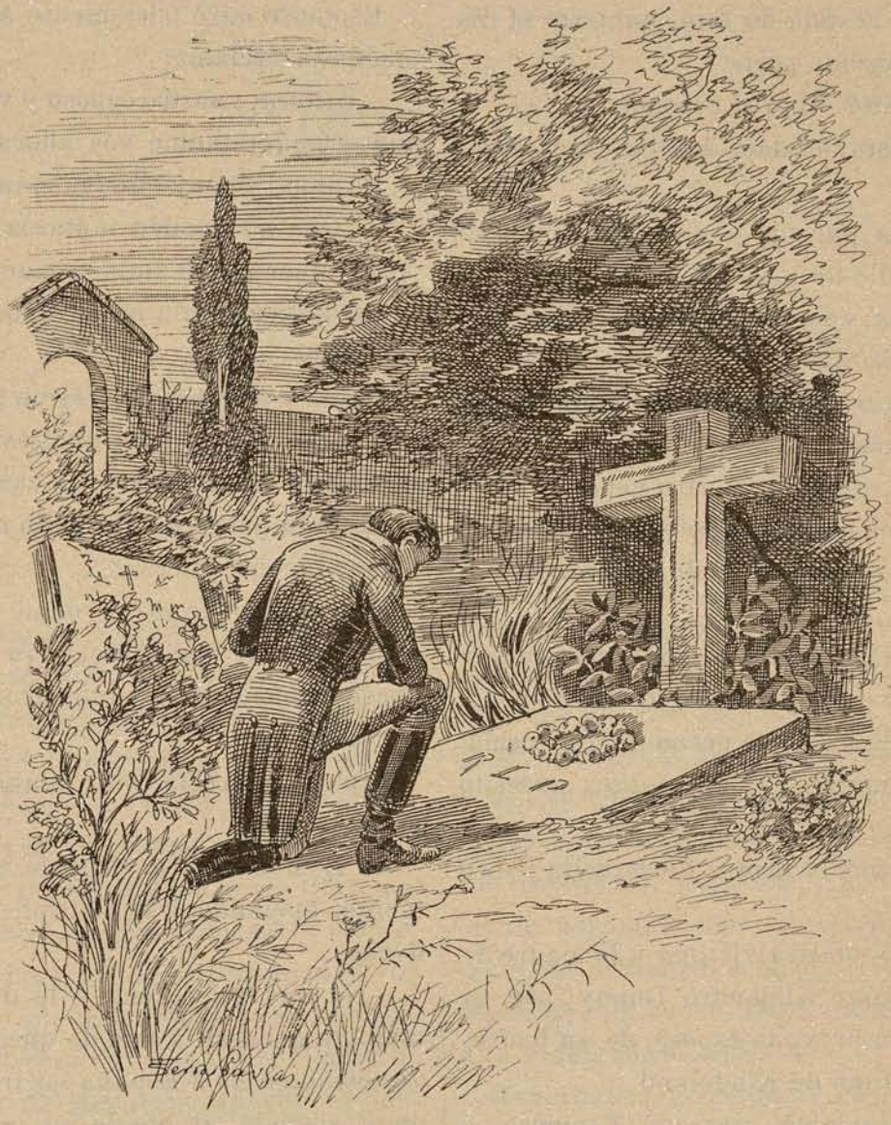
A las cuatro abandonaron los buques las costas de Langeland con rumbo á Goteborg, en Suecia, para trasladarse desde allí á la madre patria.

Larga pareció á todos la travesía, impacientes por regresar á España cuanto antes. Los marinos ingleses se mostraron altamente obsequiosos, especialmente con Fábregas, á quien se debía en gran parte el buen resultado de la empresa.

Por fin, después de cuatro días, llegaron á Goteborg, desembarcando alegremente los expediciona-

rios y siendo recibidos con entusiasmo por los antiguos adversarios de Stralsunda. El recuerdo de los españoles era grato á los suecos por las pruebas de hidalguía y valor de que habían dado prueba en aquel memorable sitio. Todos los habitantes se disputaban el placer de alojar en sus casas á nuestros soldados.

Estos quedaron asombrados del particular aspecto de la ciudad, una de las más pintorescas y bonitas de Suecia. Era notable, en efecto, verla situada



Espinosa se arrodilló, besando la losa con piadoso fervor.

parte en una elevada roca y parte en una pantanosa llanura, sobre un río que forma grandísimo número de canales orillados de árboles y atravesados por veintiséis magníficos puentes. Multitud de cúpulas, torres y campanarios levantaban al aire sus góticas siluetas y elevadas flechas. La forma de anfiteatro en que se presenta el pueblo y la belleza de sus alrededores cautivaron la atención de los soldados, no acostumbrados á ver ciudades agradables después de tan larga permanencia en las pequeñas poblaciones danesas.

Espinosa se alojó en casa del coronel de uno de los regimientos en que habían tomado parte en la defensa de Stralsunda. Ocupaba un vasto aposento de gótica arquitectura, abovedado, con una gran chimenea, antiguos cuadros, viejos muebles y ojivales ventanas. Una cama imperial estaba en uno de los ángulos, dos grandes candelabros alumbraban la estancia, y, á pesar de estar en agosto, ardían los tizones de abeto en la marmórea chimenea.

El coronel se paseaba de arriba abajo de la sala con febril agitación. Habían dado las doce de la noche en el reloj de la catedral, y el tiempo era tempestuoso. Relámpagos y truenos turbaban el silencio y la oscuridad de la hora, y caía abundante lluvia.

El ordenanza entró á decir al coronel que una señora deseaba verle con urgencia.

—Que pase,—dijo Espinosa.

VI

Entró una mujer vestida de luto, cubierto el rostro, alta y de distinguido porte.

—¿Qué me queréis?—dijo el coronel.

—Desearía que estuviésemos á solas,—respondió la tapada.

Espinosa cerró la puerta, y al volver hacia la nocturna visitante dió un paso atrás.

Era Mme. Lacroix, con el velo levantado, pálida, terrible y amenazadora.

—Vengo á mataros,—exclamó, agitando en sus manos un agudo puñal.

—Podéis hacerlo: estoy en vuestro poder.

—Vengo á mataros porque habéis asesinado á mi hija y sois la causa de la muerte de mi Eduardo.

—Tenéis razón.

—Os he seguido hasta poder encontraros sin testigos: yo fuí la que vino con vosotros desde Nyborg.

—Hubierais podido hacerme prender allí mismo.

—No: os quería matar yo. Pero antes necesito deciros quién soy.

—No digáis más: sois la madre de aquella pobre víctima.

—Soy la madre de vuestra víctima y la madre de vuestro mortal enemigo Alejandro Dupuy; soy su madre y he de ser en breve la esposa de su padre, vuestro general D. Juan de Kindeland.

—¿Qué decís?—exclamó aterrado Espinosa.—¡Imposible! ¡Vos madre de Dupuy! ¡Vos la futura esposa de Kindeland! No: os engañáis; me engañáis á mí. ¡No, no puede ser! Por piedad, decidme que no es cierto.

—Y ¿qué os ha de importar eso á vos? ¿Teméis que juntos os destruyamos como el huracán á la débil caña? Les conocéis: ¿verdad? Ellos no son como mi hijo: no se matarán porque pudiese descubrirse que son el amante y el hijo de esta espía, que es, sin embargo, condesa de Lacroix y dama de honor de la emperatriz. ¿Teméis que sabiendo el fin de mis dos hijos no vengan á haceros trizas aunque os escondáis en los más inaccesibles riscos de vuestra España? ¡Ah, si supieseis cuánto os aborrezco! Hasta para aborreceros más, he sentido renacer en mí el cariño idólatra que profesaba á mi Julieta cuando la amamantaba en mi seno. ¡Quiero ahora á mi hija más que madre alguna ha querido nunca á los suyos! Pero no me cuadra que os maten ni el general ni mi hijo: quiero mataros yo.

Espinosa miró tristemente á la espía, y con voz ahogada exclamó:

—Señora, vuestro esposo y vuestro hijo no pueden matarme: matadme vos ahora mismo, os lo ruego.

El puñal se cayó de las manos de la infeliz.

—¡Que no pueden mataros! ¡Y eso me lo decís vos! ¡Muertos! ¡También muertos! ¡Ay de mí!

La desventurada mujer exhaló un agudo grito y perdió el sentido.

Horas y más horas pasaron sin que volviese en sí.

Habían acudido los amigos de Espinosa, varios médicos y los dueños de la casa.

Al fin la pobre madre pudo articular algunas palabras incoherentes.

En un principio se creyó que aquello pasaría como otro cualquier accidente; pero al cabo de algunas horas los médicos pronunciaron la sentencia fatal.

Estaba loca.

Espinosa parecía estar también á punto de perder el juicio.

La Romana fué á visitarle y le habló enérgicamente, apelando á su patriotismo para no dejarse decaer.

—No sois ya coronel,—le dijo;—sois brigadier: mañana general. Yo he de quedarme en Londres y vos conduciréis á España las tropas. Hablo al héroe de Stralsunda, al jefe de mi regimiento predilecto, al futuro vencedor de las águilas francesas. ¡Brigadier! En las costas del Cantábrico hay fuerzas valerosas que necesitan un jefe: sedlo vos. Esta tarde abandonaremos estas regiones en que tan alto hemos dejado puesto el nombre español: no se diga que entre nosotros haya quien ha vacilado y que éste sea el jefe que ha de conducir las tropas. ¡Animo, y contemplad ante vos la patria, que os espera anhelante! Vámonos de aquí, Espinosa, y no volváis la vista atrás. ¡Mirad allá abajo, donde luchan denodados los buenos españoles y mueren bendiciendo á la patria!

El 19 de agosto salían las tropas para España al mando de La Romana, Espinosa y San Román.

CAPÍTULO XII

En las Tullerías.—En España

I

A últimos de agosto, poco después de los acontecimientos que acabamos de narrar, estaban reunidos en un saloncito del entresuelo de las Tullerías el archicanciller Cambaceres, el architesorero Lebrun, el ministro de policía Fouché, el gran chambelán M. de Talleyrand, el grande escudero M. de Caulaincourt, el gran mariscal de la corte Duroc, el montero mayor Berthier, el gran limosnero monseñor Fesch, el gran maestro de ceremonias M. de Segur, y el siniestro ayudante Savary, el verdugo de Enghien, el *caballeroso* consejero y vigilante de Fernando, el sucesor de Murat en Madrid, el polizonte de confianza de que se valía Bonaparte para sus golpes secretos y vergonzosos.

La corte de Napoleón era repugnante por la bajeza del ceremonial y horrible por el despotismo que presidía en todos los actos. La etiqueta se guardaba con la severidad de la ordenanza. Hacíase todo como á paso de carga y á tambor batiente. Los semblantes parecían despavoridos, inquietos y temerosos, y á lo mejor un violento acceso de cólera de Napoleón convertía el palacio en un cuerpo de guardia. En cambio nadie intrigaba: los tres sabuesos de Bonaparte, Duroc, Savary y Maret, eran tres mudos; los demás unos serviles palaciegos dignos de la corte de un emperador de Bizancio.

Todos aquellos personajes iban vestidos con deslumbradores uniformes, cubiertos con mantos, cruzados de bandas, llenos de galones, de encajes y entorchados, con los sombreros empenachados, bordados los cuellos, los pechos, las medias, los zapatos y las espaldas; hechos un ascua de oro.

Las mujeres hacían el efecto de unas sultanas, con turbantes, marabuts, trajes de muselina ricamente bordados, con sobrefaldas abiertas por delante, de brillantes colores, desnudos los brazos, las espaldas y el pecho. Distinguíase entre todas la bonita y delgada mariscala.

Hablábase algo de una viva pasión del emperador hacia ella, así como respecto á cierta otra palaciega por cuyas venas corría sangre napoleónica: la princesa P.

Los graves personajes que hemos citado se entretenían en jugar al tresillo, aunque, por orden del emperador, sin interesar dinero... allí.

—Aun me dura el espanto por lo de Bailén,—exclamó Duroc,—y voy á verme obligado á provocar de nuevo la cólera del emperador con la noticia de esa increible evasión.

—Os compadezco, señor gran mariscal,—repuso Cambaceres.—Preferiría pasar un día sin comer que encargarme de darle otra noticia como la de marras. Harto hice en disuadirle de fusilar á Dupont, Marescot, Vedel, Chabert y demás.

—¿Tanto se enfadó por ese ligero contratiempo de Bailén?—dijo Talleyrand.—No veo que pueda merecer la pena de tomarlo tan á pechos.

—¿Qué sabéis vos?—replicó Savary, cargado por la diplomacia de su colega.—El emperador hizo bien en tomarlo como lo tomó. Bien se conoce que no estabais delante cuando le llevé la funestísima noticia. Encontrábase en Burdeos cuando llegué con el parte. «—¿Qué tal?—exclamó.—¿Ha habido ya otro Rioseco en Andalucía? ¿Castaños ha sido, como espero, otro Gregorio de la Cuesta?» Nada contesté, limitándome á entregarle los pliegos. El emperador se puso lívido á las primeras líneas. ¡En vez de un nuevo Rioseco se encontraba con la noticia de la catástrofe, eternamente deplorable, ocurrida en Bailén! (1) El dolor que experimentó al hacerse sabedor de ella, la humillación que sufrió al ver mancillado el lustre del ejército francés, y los arrebatos de cólera á que se entregó en un principio, no pueden describirse. La ira y la pena que demostró sobrepujaron con mucho á la cólera que se apoderó de él en Bolonia cuando supo que el almirante Villeneuve rehusaba ir al canal de la Mancha. Todos comprenderéis que así fuese, pues al sentimiento de una derrota se agregaba el de un baldón deshonroso, el primero que ha manchado sus gloriosas banderas. ¡Ah! Carlos IV y Fernando VII se hallan ya bien vengados.

—Los espíritus piadosos,—respondió el filosófico Cambaceres,—han creído en todos tiempos que después de esta vida hay otra en la que se renueva el bien y el mal, y muchos sabios han considerado esta creencia como muy conforme al designio general de las cosas. Pero hay, además de ésta, otra reflexión que han hecho todos los observadores profundos, y es que durante esta vida se encuentra también en los acontecimientos una remuneración del bien y del mal. El que peca contra el buen sentido, contra la razón y contra la justicia, suele encontrar aquí abajo muy pronto su castigo, antes de aquel otro que se reserva Dios para completar en la otra vida la cuenta que á todos nos tiene abierta.

II

Callaron todos, no atreviéndose á contradecir al antiguo autor del Código Civil de la Convención, que se apropió después Bonaparte. Todos conocían el mucho caso que Napoleón hacía de Cambaceres y que éste era el único que se atrevía á decirle las verdades, aunque siempre á solas. El ex convencional, entonces archicanciller, inspiraba á todos profundo respeto, á pesar de su glotonería viteliana.

Savary hizo un gesto de mal humor y no despegaba los labios.

Talleyrand, con aire de indiferencia, seguía jugando con Duroc y Fouché.

—¿Conque decíais, mi estimado general,—dijo dirigiéndose á Savary,—que lo de Bailén dejó vengados á esos pobres reyes de España?

—Y lo repito, señor gran chambelán. El empedor comprendió al primer golpe de vista toda la importancia del acontecimiento. Dedujo que era imprescindible que resultase de él la desmoralización de sus tropas, la exaltación en las filas de los insurgentes, y consideró ya inevitable y segura, antes de que nadie se lo participase, la evacuación de casi toda la Península. Los despachos que de hora en hora fueron llegando á su poder le convencieron bien pronto de hasta qué punto podían agravarse las consecuencias del desastre bajo un príncipe del que no he de hablar por constaros á todos la mutua antipatía que él y yo nos profesamos. ¡Ah! Si en lugar de ese débil José hubiera sido Murat el rey de España, de seguro se habría apresurado á reunir el resto de sus tropas y á precipitarse sobre Castaños antes de que éste hubiese tenido tiempo de entrar en Madrid; pero el rey José, en lugar de esto, se retiró á toda prisa sobre el Ebro, levantó el sitio de Zaragoza, detuvo á Bessières, vencedor en Rioseco, y aun no se cree seguro teniendo, como tiene, un pie en la frontera. Decidme ahora vos, señor príncipe, qué opináis de este revés.

—Realmente,—repuso Talleyrand con frío tono, —convengo en las consecuencias de este deplorable contratiempo, si bien creo menos importante el provecho que de él habrán de sacar los españoles que el perjuicio que nos ha causado á los ojos de Europa. Merced á este fracaso los enemigos de Francia van á recobrar su abatido valor. Mucho será que el Austria no se nos vuelva otra vez en contra y se alíe con Inglaterra. ¡Y en tal estado vamos á tener ahora que sacar tropas del Vístula y del Elba para dirigirlas al Ebro y al Tajo!

(1) Las relaciones puestas en boca de Savary y demás están parafraseadas de M. Thiers.

—Todo lo que decís es nada,—replicó Cambaceres,—en comparación de lo que está sufriendo Napoleón en su amor propio. No puede negar ahora ante Europa que se ha equivocado enteramente respecto á los asuntos de España, á pesar de mis continuas amonestaciones, inspiradas en el hondo afecto que le profeso, y del cual jamás ha dudado. Nuestros invencibles soldados han sido batidos. Y ¿por quién? Por insurgentes sin consistencia alguna. Y ¡cómo exagera la opinión pública el suceso, abultando los hechos y callándose lo que podría atenuar el revés! Y ¡cómo negará de aquí en adelante esa opinión movediza la previsión política del emperador y el valor de nuestros soldados! ¡Ah! ¡Siniestra noticia fué la que trajisteis, general! ¡Funesto contratiempo el que anunciasteis!

—El emperador se puso tan furioso que daba pavor verle y oirle. Deshízose en imprecaciones contra Dupont, llamándole traidor, miserable y cobarde, y diciendo que había perdido un ejército por conservar unos cuantos furgones en que llevaba el fruto de sus rapiñas de Córdoba, y jurando que iba á mandar en seguida que lo fusilaran. «—¡Él y los otros generales han manchado nuestro uniforme,—exclamó,—pero será lavado con su sangre!»

—Y realmente fué un cobarde el general Dupont, —dijo Duroc.

—¡Un miserable ladrón!—repuso Caulincourt.

—¡Un bribón!—exclamó Berthier.

—¡Un indigno que merece la horca!—gritó Mr. de Segur.

—¡Así ha pagado lo mucho que el emperador ha hecho por él!—añadió el cardenal Fesch.

—Tened presente, señores,—exclamó Cambaceres,—que Dupont fué el héroe de Albech, Halle y Friedland.

—¡Es hombre al agua!—murmuró Talleyrand.

Y cínicamente, añadió:

—Yo de él me haría borbónico.

III

En aquel momento cuatro chambelanes entraron en el salón y todos los cortesanos se pusieron en pie, pues era la señal de que iba á aparecer Napoleón, que entró, en efecto, detrás de ellos.

El emperador, ceñudo y malhumorado, se detuvo al ver á los altos dignatarios de palacio.

—Recuerdo que me habéis anunciado vuestra visita,—dijo á Savary;—¿qué ocurre?

—Señor,—respondió Savary,—tengo el dolor de participar á V. M. que las tropas españolas destinadas á la custodia de las costas del Báltico se han evadido, embarcándose en los buques ingleses que estaban cruzando el gran Belt.

Napoleón miró á Savary, y exclamó con acento de sarcasmo:

—Esto hace mucho favor al celo y lealtad con que me sirve el señor príncipe de Ponte-Corvo. ¡Eso nos faltaba! Pero ¿cómo ha sido posible esta fuga?

—Utilizando, señor, los mismos medios de que nos valíamos para sujetarlos.

—No creía capaz de esto á Romana: teníale yo por hombre, aunque instruído, poco sensato y con más ímpetus que energía. De fijo habrá tenido apuntadores.

—V. M. no se engaña en esto. Se habla del conde de San Román y de varios coroneles que le han sostenido y alentado. A una señal convenida todos los destacamentos españoles se dirigieron al puerto de Nyborg, punto de embarque para pasar el Gran Belt, y, habiendo encontrado allí una porción de lanchas, se apoderaron de ellas y se trasladaron á la isla de Langeland. Los otros destacamentos esparcidos por Jutlandia se encaminaron á Fredericia, pasaron el Belt menor también en barcas, atravesaron la Fionia, y desde Niborg ganaron asimismo á Langeland, punto general para donde se habían citado los fugitivos.

—¡No les faltaba más que eso á los españoles para acabar de envalentonarse! Van ahora á tomar á La Romana por un héroe completo, por un grande hombre, digno de Plutarco.

—Y harán muy bien,—murmuró por lo bajo Talleyrand.

—¿Qué decís vos, Talleyrand?—replicó Napoleón.

—Decía, señor, que me dan risa esos españoles.

—Pues á mí me hacen muy poca gracia, señor príncipe. Pero decid: ¿cómo habéis sabido vos eso? ¿dónde están los partes?

—No se ha recibido todavía parte alguno, señor: lo sé por una familia danesa que ha llegado conduciendo á Mme. Dupuy, dama de S. M. la emperatriz, que á consecuencia de una serie de terribles desgracias ha perdido el juicio.

—¿Mme. Dupuy se ha vuelto loca? ¿Qué decís? Y ¿por qué?

—Cuéntase, señor, que, enamorada ciegamente su hija de un militar español, buscó la muerte en una refriega; que un hijo que tenía sirviendo en los lanceros polacos se suicidó, temeroso de que se descubriera que su madre y su hermana pertenecían á la *cohorte de amor*. Pero no es esto sólo: el general español D. Juan Kindeland, tan adicto á vuestra imperial persona, y su ayudante, hijo suyo y de madame Dupuy, han desaparecido, y se teme no hayan muerto asesinados, según exclama la desdichada en palabras inconexas.

—¡Extraña historia!—murmuró Bonaparte.

Reinó un corto silencio.

—¿Todos, absolutamente todos han huído?—dijo el emperador muy pensativo.

—Todos no: quedan aún en Dinamarca más de 4,000 hombres.

El emperador se paseaba á grandes pasos.

—¡Los ingleses! ¡Siempre los ingleses!—exclamó con rabia.

De pronto exclamó:

—Cambaceres, venid.

IV

El ex convencional siguió respetuosamente al emperador y se instalaron los dos á solas en un gabinete.

—Ya habéis oído la noticia,—le dijo Bonaparte. —Se me han escapado los españoles que tenía presos en Dinamarca. Si consiguen otro Bailén estoy perdido. ¿Qué haríais vos?

Ir en persona á acabar la guerra, señor: acabarla á todo trance. Es preciso que la acabéis, ó vuestro poder se derrumba como un castillo de naipes. Olvidadlo todo, dejadlo todo: concluid ante todo con esa insurrección que puede acarrearos una completa ruina. Reunid fuerzas inmensas. No bastan 100,000 hombres: hay que arrojar lo menos 200,000. Caed sobre las bandas insurrectas, quitadle la corona á José y sembrad el terror en toda la Península. Llevaos con vos á los mejores mariscales del Imperio, á Ney...

—¡Ney!—repitió maquinalmente el emperador.

—Sí: á Ney, á Soul, á Lannes. Llevaos la guardia imperial, todo lo mejor de que podáis disponer. Destituído José, quedaos vos con la España como parte integrante de vuestra corona.

—Tenéis razón, Cambaceres,—dijo Napoleón;—eso debiera hacer.

—La cuestión es de vida ó muerte para vos. Creedme ahora, ya que no quisisteis escucharme cuando os aconsejaba y suplicaba desistieseis de llevar adelante las renuncias de Bayona.

—¡Y ese rey que me felicita por cada victoria que consigo contra esos imbéciles que se hacen matar aclamándole! ¡Oh, no! Mucho me aborrecen en España, pero conozco á Fernando y no merecen los españoles que me vengue de ellos poniéndoselo otra vez en el trono. Entonces verían cómo correspondía á lo que por él están haciendo. No: por deseoso que esté yo de hacerles pagar cara su resistencia, no les entregaré al arbitrio de mi huésped de Valencey.

—Pienso como vos, señor. ¡Ay de los españoles si el curso de los acontecimientos hiciese que de nuevo ocupase el solio el hijo rebelde, el prisionero hipócrita y taimado, el furioso enemigo de los liberales! No sufráis, señor, que pueda nunca acaecer ese desastre. Soy francés, pero antes soy hombre y me honro en ser hijo de la Revolución.

—Hijo, no: fuisteis el autor del Código civil: os encargaron que lo formulaseis en el término de tres meses y os bastó una para presentarlo á la Convención. Recuerdo bien aquellos días. El ciudadano Cambaceres proponía, la Montaña votaba y Robespierre proclamaba artículo tras artículo. ¡Había también jurisconsultos heroicos!

—V. M. me confunde con recuerdos tan caros para mí. Ya sabéis que nunca estuve metido en política y que me era extraño lo que me rodeaba. Por eso mismo, no abrigando en mi corazón odio á ningún pueblo ni á ningún partido, me estremecen las revoluciones violentas, pero aun más las reacciones vengativas. Deseo que V. M. se proponga antes llevar la civilización á los pueblos que vencerlos estérilmente. Pacifique V. M. la España; pero, una vez restablecida la tranquilidad, quite la corona á José, que no inspira bastante respeto, divida la Península en cinco virreinatos y agregue á la corona imperial la diadema de San Fernando.

—Lo pensaré, Cambaceres, lo pensaré. ¡Hasta Bernadotte me ha hecho traición!

—Me atreveré á manifestar á V. M. que no hay que dar harta importancia al refuerzo que lleva á

España el marqués de La Romana. Se trata tan sólo de 9,000 hombres, sin artillería ni caballos.

—En esto os engañáis: menos temo á esos 9,000 hombres, á pesar de ser un refuerzo no despreciable, que á los jefes que llevan. Los coroneles y brigadieres que han realizado el golpe, indudablemente son verdaderos militares; los que han llevado á cabo esta retirada, han conquistado timbres de alto valor: dirigidos por ellos los insurgentes, pueden realizar otro Bailén. He de pensar en la manera cómo me los quito de delante. Por de pronto encargaré á mis generales que estén muy sobre aviso cuando se encuentren con fuerzas mandadas por jefes del Norte.

Napoleón iba á retirarse cuando hizo llamar á Savary. Una vez en su presencia le dijo:

—Algo habrá que hacer en favor de esa pobre Mme. Dupuy. Josefina sentirá vivamente la desgracia que la aflige y las terribles causas que la han motivado. Diré á Corvisart que cuide especialmente de ella. ¿Sabéis si le queda algún otro hijo, Savary?

—Sí, señor: creo tiene uno en el ejército de España, en el cuerpo que manda el mariscal Victor.

—Cuidad de que se le proponga para el ascenso inmediato. Habrá que sacar partido de él para que *se encargue* de los jefes de La Romana. ¿Me entendéis, Savary?

—Eso hará si quiere á su madre, señor.

Todos los invitados pasaron á otro salón en que había servida una cena. Entró la emperatriz, cuajada de perlas y brillantes, como de costumbre, y al punto empezó un delicioso concierto de música y canto.

El emperador se retiró, seguido del montero mayor y de Maret.

—Berthier,—murmuró,—los negocios no van á mi gusto. La evasión de los españoles ha sido un contratiempo más grave de lo que parece. Bernadotte habrá tenido en ello la mayor satisfacción. Ven y examinaremos cómo se arregla eso.

No faltaba en aquel mismo instante quien estaba conspirando en París contra el poderoso emperador.

Fernando Miranda había llegado y estaba en tratos con dos coroneles franceses, según veremos más adelante.

V

Digamos ahora qué había sido de los heroicos españoles que conducía La Romana.

La travesía desde Goteborg á Santander fué larga, difícil y azarosa. Las tropas se embarcaron el 19 de agosto y no llegaron á puerto hasta el 9 de octubre. Los soldados venían muy mal uniformados, rotos y maltrechos, y necesitaban una completa reorganización. El marqués se había quedado en Londres, por lo cual había tomado el mando de la expedición el bizarro, digno y pundonoroso conde de San Román. Espinosa no había querido figurar antes que aquel noble brigadier y se había contentado con seguir mandando su regimiento.

El entusiasmo que produjo el desembarco en la costa cantábrica fué indescriptible: las tropas fueron acogidas con frenéticas aclamaciones por los patriotas montañeses. Con no poca alegría vió también la nación entera regresar á su seno en tales circunstancias aquellos denodados guerreros y buenos patricios que, arrancados con engaño de España, habían acreditado su valor y su arrojo peleando y triunfando en las regiones septentrionales de Europa, cubriéndose de gloria en Stralsunda, dejando grata memoria en Hamburgo, no menos que en las islas danesas, y conquistándose la admiración de los ingleses, que habían visto el heroico tesón con que habían soportado penalidades y sufrimientos sin decaer jamás su ánimo.

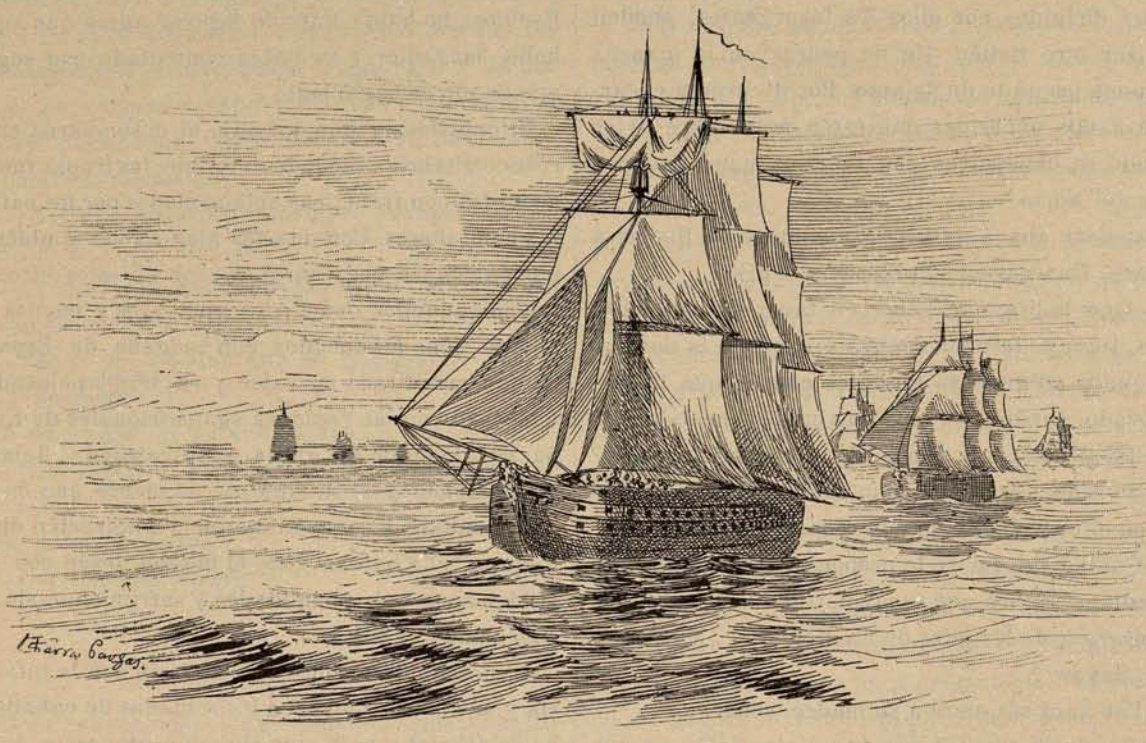
A su llegada formóse una división con la infantería y se mandó internar á los soldados de caballería hacia Córdoba para que fuesen á proveerse de caballos, por regresar todos desmontados, como había sucedido en virtud de la falta de trasportes y de tiempo.

La Junta Central de Aranjuez había dispuesto que los ejércitos españoles se dividieran en cuatro: izquierda, derecha, centro y reserva, que operaban respectivamente en las Vascongadas y Navarra, Cataluña, Castillas y Aragón, regidos por Blake, Vives, Castaños y Palafox.

La situación no era nada halagüeña para nosotros. La Junta Central distaba mucho de hallarse á la altura de las circunstancias y era universalmente censurada por su apatía. Hasta entonces sólo había dado señales de vida por haber dado al Cuerpo el tratamiento de *Majestad*, el de *Alteza* á su presidente el violento Floridablanca, y el de *Excelencia* á sus vocales; por decorar éstos sus pechos con una placa que representaba los dos mundos y por señalarse un sueldo de 120,000 reales para cada indivi

duo. No sólo le faltó entonces á la Junta Central actividad y presteza en sus resoluciones, sino que las medidas que se tomaron fueron injustas, retrógradas y atropelladas, tales como la suspensión de las ventas de los bienes de manos muertas, privándose de grandes rendimientos; el permiso dado á los jesuitas expulsados para que pudieran volver á España; el nombramiento de un inquisidor general; la tiránica opresión de la imprenta, etc.; todo lo cual en nada beneficiaba el feliz éxito de la guerra.

Los generales no eran menos dignos de censura. En tanto que Castaños y Llamas se estaban en Madrid, mano sobre mano, entreteniéndose en regocijos y divirtiéndose en proclamar por segunda vez



Las tropas se embarcaron el 19 de agosto...

rey de España á Fernando VII, estallaba en Bilbao el alzamiento, y el francés lo ahogaba bárbaramente, sin que las tropas que hubieran podido acudir en socorro de los bilbaínos se moviesen de la corte. Mil doscientos hombres perdieron los vizcaínos, derrotados por Merlin.

VI

Crecieron las murmuraciones con aquel descalabro y se celebró en Madrid un consejo de generales, al que asistieron Castaños, Llamas, Cuesta y La Peña, siendo representados Palafox y Blake. Allí propuso Cuesta, el vencido de Cabezón y Rioseco, el intratable enemigo de las Juntas Populares, el encarnizado perseguidor de los liberales; propuso, decimos, el nombramiento de un general en jefe de todos los ejércitos, con ánimo, sin duda, de que se le confiriese á él dicho cargo, en recompensa, tal vez, de sus sangrientas é inexcusables derrotas. Rechazaron la proposición aquellos padres graves, acordando, empero, un disparatado plan de campaña, cual era el de arrollar al ejército francés retirado sobre el Ebro y reconcentrado en las inmediaciones de Vitoria, atacando sus dos alas por la parte de Bilbao y de Pamplona, es decir, una imitación de Bailén. Castaños se opuso á ello alegando que si, como era probable, no se conseguía envolver á los franceses, éstos podrían desde Vitoria lanzarse en masa sobre los ejércitos españoles de la derecha ó de la izquierda, que en virtud de la extensísima curva que debían ocupar estarían harto separados unos de otros y no podrían auxiliarse.

Castaños consideraba desastroso todo avance so-

bre el Ebro, por reunir los franceses todas las ventajas tratándose de este río, y por tal motivo optaba por hacerles frente en las provincias meridionales y marítimas, á fin de ofrecerles los obstáculos del clima, de las distancias y de los socorros británicos. No prevaleció, empero, su dictamen, y se decidió que Blake avanzase por Vizcaya sobre Bilbao, y Palafox por Sanguesa sobre Pamplona, copando á José en Vitoria, debiendo cooperar á ello el ejército del centro.

Obedeciendo Blake el plan acordado en Madrid, partió de Astorga el 28 de agosto con 23,000 hombres y sólo 400 caballos, mandados por Malespina, y llegó sin novedad á Reinosa, en las montañas de Santander, donde estableció su cuartel general. Entró después en Bilbao, desalojando á los franceses. Tomaron éstos de nuevo la ofensiva y lograron apoderarse otra vez de aquella plaza, gobernada á la sazón por el marqués de Portago, hasta que, finalmente, recuperóla Blake, que obligó á Ney á retirarse precipitadamente después de un rudo combate en el Puente Nuevo.

VII

Entonces fué cuando se le unieron las tropas venidas de Dinamarca. Incorporósele el conde de San Román con 5,500 hombres, y se dispuso que los voluntarios de Cataluña y la infantería ligera del Rey reforzasen la guarnición de Bilbao, mientras que los regimientos de la Princesa, Almansa y Zamora eran destinados á Balmaseda.

En lo demás todo eran contratiempos. Cuesta, deseoso de vengar en algún liberal el desaire de no habérsele nombrado generalísimo, se entretenía en prender diputados y atropellarlos, en vez de dirigirse al Burgo de Osma, como se le había prevenido. Destituído del mando, lo tomó su segundo D. Francisco Eguía, y luego definitivamente D. Juan Pignatelli. Subían sus tropas á 8,000 hombres, situados en Logroño. Habiendo sufrido nuestro Grimarest una derrota en Lerín, al avanzar hacia Navarra, apoderóse Ney de las alturas que dan frente á la capital riojana; y tal prisa se dió Pignatelli en abandonar la ciudad, y con tanto desorden lo hizo que, como si de veras le embistiesen, no paró hasta Cintruénigo, dejando abandonados en la sierra los cañones, que por fortuna recogió la retaguardia, por nadie molestada. Fué separado Pignatelli; pero entretanto los franceses se habían hecho dueños de Logroño, Lodosa y principales pasos del Ebro.

Este fué el resultado de haber querido amenazar á Pamplona estando tan dispersadas las tropas españolas, siendo así que los franceses estaban reconcentrados, prontos á acudir á cualquier punto de la extensa curva por donde fuesen acometidos.

Blake, por su parte, concertó sus movimientos con los del enemigo, y el 24 de octubre se situó con la mayor parte de sus tropas entre Zornoza y Durango, donde se mantuvo, prestando á la nación un gran servicio meramente con impedir el paso al ejército francés, sin dejarle un momento de reposo ni que ganase un palmo de terreno á pesar de los inmensos refuerzos que cada día recibían los enemigos. Efectivamente, sin cesar franqueaban los Pirineos tropas del Rhin, bátavas, holandesas, westfalianas é italianas.

VIII

Estando en esto, y mientras Blake se mantenía heroicamente á la defensiva, llegó á Zornoza el vocal de la Junta Central D. Francisco Palafox, personaje intrigante y ambicioso que, á guisa de representante de la Convención en los ejércitos cuando la Revolución francesa, fué á manifestarle de parte de la Junta que atacara al enemigo. Celebróse consejo de generales y jefes, y la mayoría opinó que en modo alguno convenía tomar la ofensiva. Además de este disgusto recibió Blake otro no menor, y fué verse relevado en el mando del ejército de la izquierda por el marqués de La Romana, que acababa de desembarcar en la Coruña.

Lejos de apresurarse á dejar el mando, ya que la campaña se anunciaba terrible y de dudoso éxito, lo retuvo hasta que se presentase el nuevo caudillo.

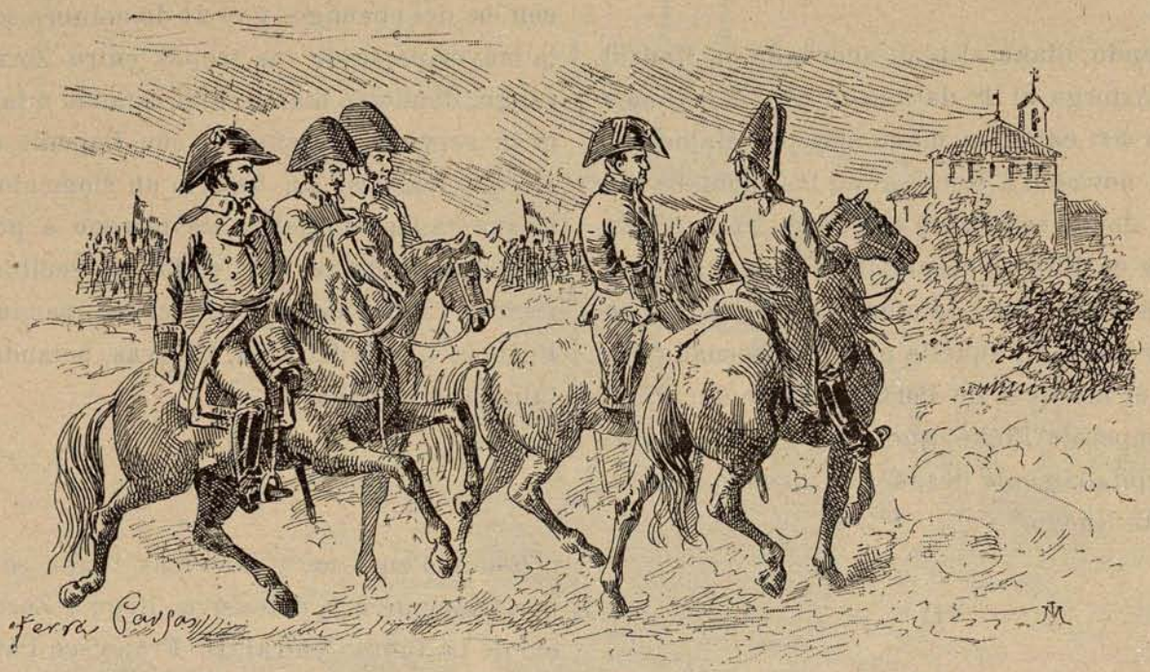
Pronto tuvo Blake ocasión de demostrar una vez más las grandes condiciones de valor, inteligencia y patriotismo que le distinguían.

Atacado el 31 de octubre en Zornoza por el mariscal Lefèvre, duque de Dantzig, con fuerzas muy superiores en número, emprendió Blake la retirada hacia Bilbao, con mérito tanto, que de aquel hábil movimiento hacen mención honrosa las historias de los que eran entonces enemigos. No le pareció Bilbao punto á propósito para una formal resistencia, y

prosiguió en su retirada hasta Balmaseda, de donde el bravo Acevedo, jefe asturiano, arrojó á Villatte, causándole una importante derrota y haciéndole numerosos prisioneros.

Era aquel un país poco fértil, y esquilmado por dos grandes ejércitos; las subsistencias escaseaban más cada día; reinaba la mayor miseria; el tiempo estaba lluvioso y frío, los soldados sin capotes y muchos de ellos sin vestido ni calzado; 50,000 hombres, al mando de Lefèvre y de Victor, iban sobre Blake, que sólo contaba 21,000. Resolvió, pues, dejar á Balmaseda y retirarse á otra comarca que ofreciera más recursos y donde pudieran rehacerse y descansar sus fatigadas y extenuadas tropas, levantando el campo la tarde del 8 de noviembre.

Una parte de la segunda división, encargada de



Napoleón había entrado en España á primeros de noviembre...

proteger la retirada, no se le pudo reunir y se dirigió á la costa de Santander. La cuarta división, cercada por numerosas columnas, tampoco pudo juntársele, so pena de haber tenido que empeñar una acción muy desigual, y se quedó en la Nestosa. Con la falta, pues, de estos dos cuerpos, pero muy ordenadamente y con muchas precauciones, llegó Blake con el grueso de sus tropas á Espinosa de los Monteros.

Entre muertos de enfermedad y en acción, heridos y extraviados, el ejército de Blake había tenido cinco mil bajas desde principios de octubre á fines del propio mes. Agregando á ellas la falta de la división que se dirigió á la costa y la que se quedó en la Nestosa, sólo constaba el ejército situado en Espinosa de 21,000 hombres escasos y en la mayor miseria.

Napoleón había entrado en España á primeros de noviembre, precedido de inmenso número de tropas aguerridas. Había reprendido agriamente á todos sus generales, y dispuso batir parcialmente los ejércitos españoles. Rectificó las posiciones de sus tropas, mandó á Victor y á Lefèvre que persiguiesen á Blake sin descanso, envió á Lannes y á Ney contra Castaños, dirigióse él á Burgos, derrotando las tropas del marqués de Belveder, y entró en la ciudad, dando en todas partes pruebas de su genio militar, como luego veremos.

Blake, resuelto y animoso, aguardaba en Espinosa al enemigo.

LIBRO QUINTO

SOMOSIERRA

CAPÍTULO PRIMERO

La batalla de Espinosa

I

El ejército de Blake no había cesado de moverse y pelear desde que entró en campaña á últimos de agosto de 1808.

Constaba en un principio de siete divisiones: vanguardia, regida por el intrépido D. Gabriel de Mendizábal; primera división, al mando del sabio y bizarro militar D. Genaro Figueroa; segunda, al de Martinengo; tercera, al del heroico D. Francisco Riquelme; cuarta, mandada por el marqués de Pontago; reserva, por D. Nicolás Mahy; división asturiana, por D. Vicente María de Acevedo; y caballería, á las órdenes del marqués de Malespina. Unióseles á primeros de noviembre otra división de Asturias á las órdenes de D. Gregorio Quirós y la que acababa de llegar del Norte, que tuvo por dignísimo jefe al conde de San Román.

Si bien el número total de estas tropas hubiera ascendido á 35,000 hombres, descontando las bajas habidas en octubre y las dos divisiones que dijimos no habían podido incorporarse, sólo disponía Blake de 21,000 soldados.

Procedían éstos de diferentes cuerpos y clases, aunque todos igualmente valerosos é inflamados en patriótico ardor: de la división Taranco, mandada á Portugal el año 7 para ayudar á los franceses y que consiguió evadirse casi totalmente y regresar á España; de las tropas del Ferrol; voluntarios de Galicia, León, Castilla y Asturias, entre los cuales figuraban en primer término los montañeses del noble principado; el batallón literario de Santiago, y finalmente la división del Norte.

Napoleón había dado orden desde Burgos para que los mariscales Lefèvre y Victor, jefes del cuarto y primer cuerpo, con un total de 50,000 hombres, persiguiesen á los nuestros sin descanso. La derrota que sufrió Villate en Balmaseda le había irritado sobremanera, increpando duramente á Victor por no haber socorrido á aquel general, llevado de su rivalidad con Lefèvre, á cuyo cuerpo pertenecía la división vencida.

—Sus odios y su egoísmo,—había exclamado el emperador dirigiéndose á Berthier,—harán que se pierda en España la causa de Francia, y con ello lograrán que se pierda en la Europa entera. Es preciso, señor mayor general, que escribáis de mi parte á esos dos mariscales mi profundo disgusto por lo mal que comprenden y ejecutan mis pensamientos. Gracias á la intrepidez de Villate no debemos lamentar un verdadero desastre, pero de todas maneras se ha corrido un gran peligro. Decidles

sobre todo que «no quiero que haya un instante de reposo hasta tanto que sea destruído el ejército del general Blake.»

Berthier les endilgó á los dos mariscales una terrible filípica, y, murmurando uno y otro, resolvieron ser amigos hasta que volviesen á reñir.

El ejército de Blake estaba sufriendo horriblemente: hacía nueve días (desde el 31 de octubre) que había tenido que pelear sin tregua contra el enemigo, ora en Balmaseda, ora en Gueñes, con un tiempo excesivamente lluvioso y crudo. A los aguaceros se agregaban el frío, el hambre y la desnudez, que, si para el veterano endurecido son siempre rigurosas calamidades, convertíanse en insoportable tormento para los pobres bisoños que constituían la mayoría de aquel ejército.

La escasez de víveres había llegado al extremo: los jefes como los soldados se veían reducidos á alimentarse de mazorcas de maíz y de frutas. En efecto, aquellas montañas, donde el cultivo escasea hasta lo sumo, debían proveer á la subsistencia de dos numerosos ejércitos, y tanto el uno como el otro se encontraban faltos de todo; así es que lo mismo amigos que adversarios vejaban y saqueaban el país. Balmaseda y sus alrededores habían sido devastados, y aun incendiados algunos de sus edificios por ambos ejércitos para calentarse con sus llamas. ¡Tristes y tal vez inevitables acompañamientos de la guerra!

Por parte de los españoles era aún mayor la necesidad que por parte de los franceses, debido al mal arreglo de la administración militar y á haber contado Blake con ser abastecido por la costa, sin cuidar de adoptar otras medidas para no quedar privado de víveres. En cambio los franceses recibían provisiones por los Pirineos, aunque tampoco brilló en aquella ocasión la capacidad de la intendencia imperial.

Como se ve, el ejército español distaba mucho de encontrarse en buena disposición, atendida la pe[illegible]

[illegible] sertado en busca de alimento. [illegible] tivientos y algunos [illegible] victoria alcanzada aque[illegible] ardientemente su hambre y su sed. [illegible] cayendo de cansancio [illegible] á el francés y aumentaría el desánimo y [illegible] hormiga contra el elefante. [illegible] por. Morían por alrededores de la patria. El rey estaba [illegible] era entonces la villa de Espinosa, [illegible] vino, [illegible]

cansasen y al propio tiempo para contrarrestar en lo posible los planes del emperador. Si Napoleón conseguía librarse del enemigo que tenía á su izquierda, podría fácilmente batir al de la derecha, y, desembarazados sus flancos, caer sobre Madrid con los grandes ejércitos que había traído desmembrando la *Grande Armée*. En cambio, si Blake conseguía mantenerse en su posición, el emperador no podía avanzar, so pena de verse atacado por retaguardia por un ejército entusiasta y esperanzado. Napoleón lo comprendió así, y por eso dió orden de exterminar á Blake, de cuyos talentos militares hacía mucho caso.

II

En un valle ameno y frondoso de las montañas de Burgos, á 16 leguas de la capital, á la izquierda del Trueba, en un terreno fragoso, áspero y de frío clima, abundante en ganado vacuno, caza, legumbres, granos y pastos, encuentra el viajero que va de Vizcaya á Castilla la célebre villa de Espinosa de los Monteros.

No puede ser más estratégica la posición del pueblo, situado como se halla en la confluencia de todos los caminos de la llanura y de la montaña. En efecto, un general colocado en las circunstancias de Blake podía dirigirse desde Espinosa, por espaciosos caminos, ora á Bilbao, ora á Santander, en el caso de decidirse á marchar hacia los montes; y si prefería, por el contrario, descender desde la montaña á las llanuras, le era dable dirigirse por un camino igualmente cómodo á Villarcayo ó á Reinosa, distante 9 leguas, por un camino de herradura, y llegar en cualquiera de ambos casos á Burgos ó á León.

El ejército español encontró muy escasas provisiones en Espinosa, pero, con todo, rehízose algo. Blake estaba muy confiado y se encontró dispuesto

[illegible] osa penuria, fueron de parecer de que se levan- [illegible] tase con todo sigilo el campo y que se emprendiese [illegible] retirada hacia Reinosa ó Santander en busca de [illegible] un país desierto. [illegible] Envidiaban á los franceses bien provistos de [illegible] todo, que á aquellas horas habían podido saciar [illegible] ria, pudiendo sacar ventaja del esfuerzo con que [illegible] batalla la tarde antes. [illegible] Aquella guerra era horrorosa: el combate de la [illegible] Contaba, además, con que el brigadier Mahespina [illegible] y los cuatrocientos caballos que tenía en Medina de [illegible] Pomar.

Algunos habían de [illegible] Nadie les ayudaba: eran veinte mil hueste [illegible] basamentos ha [illegible] Blake, orgulloso con la vi [illegible] ab [illegible] Más hubiera valido quedarse en el [illegible] se alentarí [illegible] desorden de los suyos. [illegible] en Valencey: la patria [illegible] pinosa, desierta, sin un pan, sin un jarro de v [illegible] pero Mahespina [illegible]

preciso, señor mayor general, que escribáis de mi parte á esos dos mariscalos mi profundo disgusto por lo mal que comprenden y ejecutan mis pensamientos. Gracias á la intrepidez de Villate no debemos lamentar un verdadero desastre, pero de todas maneras se ha corrido un gran peligro. Decidles

no habian podido incorporarse, solo dispone de 21,000 soldados.

Procedian éstos de diferentes cuerpos y aunque todos igualmente valerosos é inflama patriótico ardor: de la división Taranco, ma á Portugal el año 7 para ayudar á los franc

Victor confiaba en los tiradores más que en los refuerzos de Lefèvre.

Blake, creído de que le asistiría favorable estrella (¡él, el hombre de la mala suerte!) esperaba que rayase el alba para barrer á los franceses hasta los Pirineos.

En el horizonte divisábase una débil claridad. Los soldados dormían, estremeciéndose de hambre y de frío.

La claridad se hizo más distinta y las bandas españolas tocaron á diana.

X

En el campo francés resonaba, á la par, el himno bonapartista: *Velemos por la salvación del Imperio.*

El enemigo se había puesto en movimiento cuando el pálido sol de noviembre acababa apenas de lanzar sus primeros tibios rayos.

—Hay que dar á la batalla un término decisivo, —dijo Victor.

—*No me muevo de aquí,*—había dicho Blake.

Al general español le quedaban 19,000 hombres, y otros tantos al francés. Bisoños los nuestros, desmayados, miserables; los otros aguerridos, bien provistos y equipados.

El 94.° y el 95.° de línea, que habían quedado destrozados la tarde anterior, fueron relevados por el 9.° de ligeros y el 24.° y el 96.° de línea, pertenecientes á la división Ruffin. La brigada Puthod, que fué la que atacó la derecha española el día antes, puede decirse que había quedado aniquilada. Mandaba la nueva el general Labruyère.

Nuestra izquierda debía ser acometida por la primera brigada de la división Lapisse, al mando del intrépido Maison. Figuraban allí el 16.° de ligeros y el 45.° y 27.° de línea.

El centro iban á embestirlo los regimientos de las divisiones Villatte y Lapisse, entre otros el 8.° y 63.° al mando del bizarro Mouton Duvertet.

Así que despuntó el día púsose Maison á la cabeza del 16.° de ligeros.

En vez de continuar atacando nuestra derecha, los franceses comprendieron que debían ante todo apoderarse de las alturas de la izquierda, que por ser las más elevadas eran la llave de las demás posiciones.

Allí estaban las divisiones asturianas.

Maison aguantó las rociadas de las tropas de Acevedo, que hacían un fuego nutridísimo.

Los tambores franceses tocaron ataque á la bayoneta.

Trepaban los regimientos enemigos, diezmados por la lluvia de balas que desde la altura caía sobre sus filas.

Los asturianos resistieron la embestida sin que cedieran un paso.

La columna de ataque retrocedió.

Maison se mordía los labios hasta hacerse sangre.

Tomó el anteojo de campaña y examinó otra vez la posición.

Vió que recorría los puntos más peligrosos un general, montado en un caballo blanco, que animaba con gestos y palabras á las tropas, las cuales no cesaban de aclamarle.

— Si muere ese hombre, — murmuró, — gano la posición.

Entonces destacó diestros tiradores de entre los ya escogidos, para que, apuntando cuidadosamente, disparasen contra los jefes, y en especial contra el del caballo blanco.

Los tiradores, ocultos detrás de las peñas y los árboles, y esparcidos por distintos sitios, renovaron el sistema empleado el día anterior.

Al poco rato caía traspasado por dos balazos el jinete que montaba el caballo blanco.

Era el general D. Gregorio Quirós.

Luego cayó Acevedo, general también, gravemente herido.

Y cayó Valdés, otro general, herido no menos gravemente.

Y cayeron Escario, Peón y los más distinguidos oficiales, muertos.

El fuego cerrado de las tropas asturianas nada podía contra aquellos disparos traidores. La emboscada vencía al heroísmo.

Al contemplar muertos á sus caudillos, sintieron los asturianos turbarse su ánimo, que se llenó de aflicción.

Buen pensamiento habían tenido los franceses privando de dirección á aquellos reclutas, valientes é inexpertos.

Flaquearon algunos cuerpos y empezó la confusión.

D. Gabriel de Mendizábal corrió por orden de Blake á ponerse al frente de aquellos batallones, tan denodados cuando obedecían la voz de sus generales; pero ya era tarde.

La dispersión había comenzado.

XI

Apoderáronse los franceses de la altura, creyendo poder coger gran número de prisioneros, pero sólo encontraron cadáveres.

Los asturianos, ágiles montañeses, no tenían ganas de que los franceses les privaran de empuñar otra vez las armas, y se salvaron enriscándose por las asperezas del valle de Pas.

Habían muerto sus jefes, pero la masa no había quedado aniquilada, como hubiera querido Victor.

Los franceses empezaban á comprender que aquella guerra era distinta de las que habían hecho en las demás naciones: las victorias resultaban inútiles; los vencidos invencibles.

A este mismo tiempo, el centro del ejército español y su derecha, que durante la noche se habían agrupado alrededor del altozano donde estaba Roselló con las seis piezas, se vieron acometidos por la división Ruffin.

Mouton-Duvertet se colocó al frente del 8.º y del 63.º de línea, y, ganando de uno en uno los cercados situados frente á dicho centro, defendidos, sin embargo, con tenaz obstinación por los soldados de Figueroa y de Martinengo, consiguió apoderarse del altozano.

Labruyère atacaba á su vez, con los restos de la brigada Puthod, las reliquias de la división del malogrado San Román, obligando á los nuestros á replegarse en un recodo que forma Trueba.

Los españoles formaron el cuadro.

XII

Nuestro centro había sido arrojado sobre la villa de Espinosa á pesar de la resistencia de Figueroa.

Huídos los asturianos y rechazado el centro, quedaba el terrible cuadro formado por los valientes de Dinamarca.

Los franceses quedaron por largo tiempo detenidos por aquella muralla humana.

Por fin, todo el ejército francés se precipitó contra aquel obstáculo y el cuadro se rompió: se rompió porque eran diez contra uno.

Blake ordenó la retirada, sostenida por la división de Mahy y la artillería.

Si Malespina hubiese acudido contra los cuatrocientos caballos á sus órdenes, su presencia hubiera servido de mucho para contener á los franceses y poder efectuarse en buen orden el repliegue.

Desgraciadamente, Malespina, temeroso de verse envuelto por Lefèvre, que iba del mismo lado, es decir, también hacia Espinosa, torció de rumbo y no acudió donde le esperaban y donde debía acudir.

Blake señaló para reunión de sus tropas la villa de Reinosa, en cuyo pueblo estaban los almacenes y el parque general de artillería.

Nuestros soldados, una vez hubo entrado la confusión en sus filas, diéronse á huir desordenadamente, pugnando por pasar todos á la vez el puente del Trueba y arrojándose otros al rio para pasarlo á nado.

Los franceses disparaban desde las alturas, causándonos muchas bajas.

Los nuestros les habían hecho perder más de dos mil hombres entre muertos y heridos.

Los vencedores no pudieron coger, sin embargo, casi ningún prisionero.

El ejército de Blake estaba desorganizado, pero podía reorganizarse.

Lo que no podía reemplazarse eran los generales, coroneles y jefes que los tiradores franceses habían matado ó mortalmente herido.

Los asturianos refugiados en el valle de Pas se dirigieron á Santander.

Los restos de la división de La Romana y las tropas de Galicia se encaminaron por Reinosa hacia León.

Parte de las tropas emprendió la fuga hacia Villarcayo.

Blake estaba sumido en la más profunda desesperación. ¿Qué le podría entregar al marqués de La Romana, nombrado para reemplazarle en el mando de aquel ejército?

En vez de cortar la linea de operaciones de las tropas francesas, el desgraciado general se veía derrotado, disuelto su ejército y acusado por sus envidiosos.

Napoleón no dió grandes muestras de satisfacción

al enterarse de la victoria alcanzada en Espinosa: necesitaba más muertos, y sobre todo más prisioneros.

Por lo tanto, dió orden á Victor, á Lefèvre, á Soult, á Milhaud, á todos sus generales, para que persiguiesen en todas direcciones y acuchillasen sin compasión á cuantos fugitivos pudiesen alcanzar pertenecientes al ejército del general Blake (1).

Napoleón conocía bien que todo fugitivo de la víspera era un soldado del día siguiente.

---

(1) Histórico.